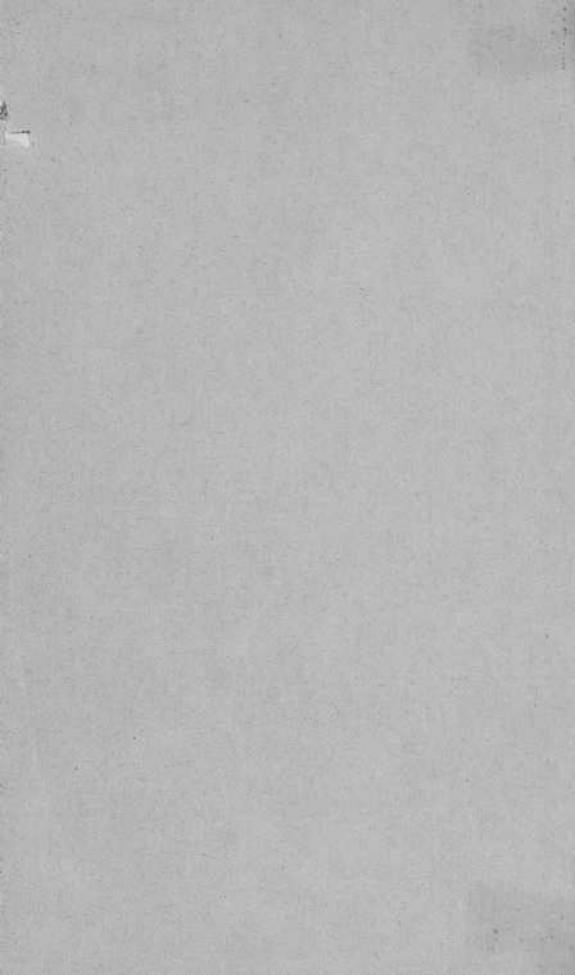


A. 25-92

4876



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXII.

LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULIÉ).

TOMO SEGUNDO.

LOS GALOS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

calle de Leganitos, 18, 2.º

1877.



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

1877

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XXVII

LAS CUATRO EPOCAS
(SEGUNDA)

TOMO PRIMERO

LOS GALOS

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCESORES DE RIVADENEYRA
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

SEGUNDA ÉPOCA.

LOS GALOS.

I.

En la suave pendiente de una fértil colina que se extinguía en las frondosas márgenes y bajo las tranquilas y doradas ondas del Ariège (1), se asentaba una deliciosa quinta de recreo. Las empalizadas y paseos de su huerto y jardines veíanse trazados con arte y esmero; los árboles, inteligentemente castrados de todas sus parásitas ramas, se hallaban cargados de frutas, aclimatadas entónces y desconocidas ántes en aquella comarca; y por entre el espeso, verde y reluciente follaje de los

(1) Rio de Francia que da su nombre al departamento que baña: nace en los Pirineos; pasa por Foix y por Pamiers, y es tributario del Garona. Los romanos le llamaron *Aurígera* porque arrastraba arenas de oro.

perales y manzanos, suspendia tambien la vid sus ya maduros racimos.

Eran los primeros dias del mes de Setiembre, y un bello y hermoso sol de otoño iluminaba con sus amarillentos rayos aquella poderosa vegetacion, y hacia destacar sobre el fondo variado de tanta frondosidad y verdura los perfiles de un blanco edificio con peristilo y elegante pórtico, cuya techumbre, de pulidos y esmaltados mármoles, brillaba como una colosal armadura de bruñido acero.

Habian pasado los ardores del medio dia, y ya el astro rey, inclinándose hácia el horizonte, prolongaba poco á poco sobre la tierra las sombras de los copudos árboles, cuando un anciano salió de aquella morada. Fiel imágen y vivo recuerdo de otros tiempos más lejanos, vestia un largo túnico ceñido con un ancho cinturón de cuero, y multitud de correillas, entrelazadas sobre sus piernas, le sujetaban el calzado y las polainas, llevando al costado, pendiente de doble cadena de hierro, una enorme espada. El sello de una santa vejez se retrataba en el aspecto y en la fisonomía de aquel hombre: la edad, que habia encanecido su barba y sus cabellos, dándoles la blancura de la nieve, no habia encorvado aún su cuerpo: marchaba con la frente elevada, y dirigiendo, al parecer,

la vista al cielo, sin que sus pasos acusasen falta de vigor, pero sí una gran desconfianza y hesitación. Con las manos extendidas, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su camino, llegó al extremo de las gradas de piedra, sobre las cuales se alzaba el edificio, y faltando el terreno bajo sus pies, vaciló, se inclinó hácia delante, y cayó con toda la pesantez de su cuerpo, dando rudo golpe contra los anchos escalones.

Porque aquel anciano era ciego.

Ni una queja, ni un grito siquiera escapó de su garganta; pero el acero de su espada retumbó con siniestra vibración sobre las baldosas, y este ruido atrajo prontamente á dos jóvenes, que aparecieron alarmadas en el umbral del pórtico. La una, que era de elevada estatura, de bella y hermosa presencia y de cabellos rubios, vestía una blanca túnica, y al ver en tierra al anciano, sólo hizo un gesto de impaciencia; la otra, de mediana estatura, de tez morena, de ardiente mirada y de negros cabellos, se precipitó sobre él, y procuró ayudarle á levantarse. En el primer momento el anciano demostró con sus ademanes el propósito de rechazar sècamente aquel auxilio; pero luégo que la joven pronunció algunas palabras, modificóse su actitud, y la dijo con dulzura:

— ¡Ah! ¿Eres tú, Dionea? (1) Figurósemé oír los pasos de Cesonia...

— ¿Y por qué al querer salir, venerable Carrin, no me has llamado para que guiase tus pasos, como lo haces otras veces?

— Por que no soy tu dueño, Dionea. Tú eres la esclava de la hija de mi hijo, y yo no quiero disponer de lo que pertenece á otro. Demas de esto, que podria tu señora tener tal vez necesidad de tus servicios para el arreglo y perfume de sus cabellos, segun lo acostumbran hacer las mujeres de estos tiempos, y hubiera sido causarla un gran pesar el distraerte y separarte un solo momento de los quehaceres de su tocado.

Cesonia, al oír la expresion irónica del anciano, volvió á manifestar su disgusto con otro gesto de mal humor, y se disponia á contestarle; pero Dionea le indicó por señas que no hablase, y dirigiéndose á Carrin, le dijo:

— Vamos; ¿quieres aceptar mi ayuda para levantarte?

— No, Dionea; me encuentro bien en esta posicion: tendido ahora sobre la tierra, puedo considerar que pronto deberé estarlo bajo ella.

— ¿Estás triste, Carrin?

(1) Sobrenombre de Vénus.

— ¡No, ciertamente! ¿Qué motivos tengo, ni por qué he de estarlo? ¿Acaso mi vejez no se ve rodeada de los esmeros y cuidados que los hijos deben á un padre? ¿Por ventura no están siempre los míos cerca de mí, para sostener y guiar mis pasos cuando camino y para levantarme si tropiezo y caigo?

Carrin hizo entónces un esfuerzo por sí solo para ponerse de pié; pero falto de agilidad y vigor, no pudo conseguirlo, y movió tristemente la cabeza en señal de abatimiento. Cesonia, al observarlo, no pudo permanecer por más tiempo impasible, y acercándose resuelta y diligentemente al anciano, exclamó :

— ¡Dioses inmortales! ¿Estarás herido?

Al oír aquella voz, nublóse la fisonomía de Carrin, que, pálido y alterado, dijo á Cesonia con duro acento :

— Todavía no es mi herida tan profunda como para que puedas prometerte que por ella se me escape la vida.

— Carrin, eres por todo extremo injusto, y tus palabras son duras é inhumanas.

— Aun son más duros los mármoles de las gradas de esta mansion, que tú y tu padre me obligais á habitar.

— No cesas un punto de zaherirme con tus injustificadas acusaciones, y sin embargo debieras considerar que no hago

otra cosa sino prestar obediencia á la voluntad y á los mandatos de mi padre.

— Eso me prueba tambien que él es bastante más afortunado que yo, puesto que tiene una hija tan obediente.

— Pues tambien con él eres injusto: mi padre, como yo, te obedece y respeta. Dínos lo que tu voluntad quiere, y te demostraremos nuestro amor, nuestra diligencia y nuestra sumision.

— Lo que yo quiero bien lo sabeis tú y tu padre: lo que yo quiero es huir léjos de esta morada, cuya techumbre gravita con toda su pesantez sobre mi cabeza, cuyas paredes y espesos muros dejan á mi pecho un espacio reducido y estrecho donde apenas puedo respirar, y donde se encuentra aprisionada mi libertad. Estais en un lamentable error si me tomais por uno de esos modernos y nobles galos á quienes seduce la novedad, y que olvidan hasta el idioma de su país, para modular la voz con la dulce entonacion del canto griego, ó con la suave melodía del habla romana. Yo soy un pobre soldado de la montaña, que jamas he sabido hacer otra cosa sino combatir, y que opina que el hombre no debe saber más que eso. El pan de toda mi vida lo he encontrado siempre en la punta de mi espada, y mi hijo ha ganado sus riquezas de otra manera más reposada

y tranquila: que viva, pues, del mismo modo que se ha enriquecido; pero en cuanto á mí, lo que deseo es abandonar estos parajes, donde hasta los frutos son dulces y delicados, como esos extranjeros que os los han importado de la Grecia: quiero alejarme de esta comarca, porque la habeis despojado tambien de sus vírgenes selvas, talando sus hermosos y frondosos bosques que constituian nuestra salvaje defensa, no sólo contra nuestros enemigos, sino contra los ardores del sol; así como los hombres que la habitan se han despojado ellos mismos del inexpugnable escudo contra el cual se estrellaban los dardos y las flechas mejor dirigidos. Aquí no tengo donde reposar á la sombra, ni encuentro un asilo que defienda mis oídos constantemente perseguidos y atormentados con el acento de esas voces extranjeras, cuyo lenguaje no entiendo, ni quiero entender. ¡Ah! Creo sorprender, á través de la oscuridad de mis ojos, la risa irónica que deberá asomar á tus labios, Cesonia, al escuchar mis palabras: soy ciego; pero descubro con la vista del alma que tu semblante arroja una desdeñosa sonrisa sobre tu abuelo. Te mofas de este anciano y le ridiculizas, porque desprecia todo eso que tú tanto estimas, porque detesta esas viles ocupaciones que ahora consumen la exis-

tencia de estos hombres ; porque el esmero de cultivar las flores , de podar una vid , y de tejer ó teñir una tela , lo considera como ocupacion indigna del brazo que puede manejar una espada !... Pues bien , niña ,—añadió con grave entonacion ;— procura contener por hoy tus burlas : mañana podrás reir sin reservas , porque yo no permaneceré aquí ni un día más .

—¿Y adonde quereis ir , padre mio ? Considerad que cada paso que diéreis será un riesgo y un peligro para vos .

—¿Te imaginas acaso que al caer sobre la tierra de nuestros campos lo haria yo con más daño que sobre las baldosas de esta escalinata ? Antaño nuestras moradas tenian sus salidas francas y expeditas , sin estos inconvenientes ocasionados al tropiezo de sus dueños ; y á ellas podia tambien aproximarse el viajero á pedir hospitalidad , colocándose al nivel de aquel que debia otorgársela . Así se corrompen en todo las costumbres , y hoy la hospitalidad no es ya un deber , sino una merced que los señores de estos palacios obligan á que se les implore desde abajo para negarla desde arriba . A medida que se amengua la dignidad de los hombres , elevan éstos la construccion y arquitectura de sus viviendas , pretendiendo parecer grandes porque se colocan en alto : tambien vemos hoy

puertas de macizos y fuertes maderos allí donde ántes la buena fe y la moralidad pública eran la sola garantía y la salvaguardia de nuestros domicilios: los fundos y propiedades necesitan de ancha zanja que señale sus linderos: cercáis vuestros jardines con setos ó vallados, y cerráis vuestras ciudades con círculos de inaccesibles murallas... ¡Ah! ¡Estos son ya demasiados obstáculos para el que, como yo, ha caminado en otros tiempos á través de todo el país, sin que ningun signo de extraña dominacion detuviera mis pasos, ni me advirtiese que no tenía derecho á dirigirlos segun mi voluntad. Lo repito: mañana mismo me alejaré de estos lugares. Todavía existen en las guaridas de los montes Pirineos, en los bosques del lado allá del Garona, en las comarcas donde gobierna Bituit, nuestro rey, no nuestro dueño, como lo es aquí el soldado romano, todavía existen, digo, verdaderos hijos de las Gálias, entre los cuales no seré tan extranjero como lo soy entre los de mi propia familia. Allí es, pues, adonde quiero marchar.

— Pues bien ; — dijo Cesonia. — Cuando mi padre regrese esta tarde de su casa de Tolosa lo sabrá todo y hará cuanto sea conveniente y posible para complaceros.

— Es verdad, Cesonia, — exclamó el vie-

jo con irónico acento. — Habia olvidado ya, y tú me lo recuerdas, que tu buen padre tiene dos moradas y que, sin embargo, no ha sabido ó no ha querido proporcionar á este pobre anciano un asilo adecuado á sus costumbres y á sus gustos. Nuestros abuelos no poseian más que una mansion, de la cual eran verdaderos y legítimos señores, y siempre tenía cabida en ella toda la familia, por muy numerosa que ésta fuese: ahora nuestros hijos tienen la ilusion de poseer várias moradas, aunque en realidad están todas ellas bajo la dominacion y el poder de ese insolente extranjero que los manda como á esclavos.

— Padre mio, — insistió Cesonia con marcada expresion de interes, — Léntulo os respeta y...

— ¡ Ah, Cesonia! — exclamó Carrin interrumpiendo á la jóven. — Tienes tan poseido tu pensamiento con el recuerdo de ese romano, que desde luego has comprendido perfectamente que á él era á quien yo habia querido aludir.

Cesonia guardó silencio, no por temor á las amonestaciones del anciano, sino porque las últimas palabras de Carrin le habian hecho advertir que, en efecto, se encontraba su espíritu vivamente impresionado de una pasion vehementísima. No obstante, despues de algunos momentos

insistió de nuevo la jóven en sus atenciones, dando á sus frases toda la expresion de dulzura que le fué posible, para no exasperar más la feroz susceptibilidad del viejo galo :

— Aceptad,— le dijo — el apoyo de Dio-nea y el mio, para levantaros, y nosotras os conduciremos á donde sea de vuestro agrado, bajo la sombra de algun árbol, ó á cualquiera otro sitio donde podais cómodamente reposar.

— Repito que me encuentro bien aquí. Voy á colocarme sobre el último escalon de esta grada, á traves del umbral, para que cuando regrese mi hijo me encuentre á su paso; para que no pueda penetrar en su casa sin dejar de verme; para que no pueda evadirse de mí, ni evitar mi presencia, como lo hace desde algun tiempo á esta parte: es indispensable que hoy me escuche. En cuanto á tí, si esto es un obstáculo que te impida salir ó entrar, aguarda hasta mañana : concede un solo dia de paciencia en obsequio á tu abuelo, á quien muy pocos le restan de vida, cuando á tí te quedan tantos y tantos que dedicar á los placeres.

Al oir estos propósitos se dibujó en el semblante de Cesonia una marcada expresion de contrariedad, y significó por señas á la jóven esclava griega que la presencia

del anciano en aquel sitio era un obstáculo imprevisto y gravísimo para sus proyectos. Dionea la tranquilizó asegurándole y prometiéndole á su vez, tambien por señas, que alejaria aquel inconveniente, y Cesonia entónces se retiró á su estancia.

El anciano se puso de pié y fué, segun habia manifestado, á colocarse sobre el último escalon del peristilo, adoptando una posicion transversal en el umbral, de modo que nadie pudiese salir ni entrar en la morada sin tropezar con su cuerpo. Al lado de Carrin y á sus piés sentóse la esclava griega contemplándolo largo rato con indecible expresion de interes. Impulsada Dionea por un extraño sentimiento, queria descubrir en la fisonomía del anciano lo que habia debido ser la fisonomía del jóven: su imaginacion y fantasía procuraba devolver su primitivo color á aquellos blancos cabellos, su ardiente mirada á aquellos ojos muertos, su juvenil brillo á aquellas descoloridas mejillas, y su arrogante fiereza y gallarda apostura á aquel cuerpo vencido y demacrado. Así como la mente del artista que al contemplar unas ruinas les da nuevamente su antigua forma y se identifica con todos los recuerdos que evocan, Dionea se dejó llevar por el poder de su fantástica imaginacion que operaba el rejuvenecimiento de aquel an-

ciano, y en un arranque de su entusiasmo oprimió con sus manos las rodillas de Carrin, y con voz poco ménos que exaltada exclamó:

—Tu has debido ser un valiente y noble guerrero en tu juventud.

Sorprendido el viejo galo, volvió la cabeza hácia la esclava, como si hubiera podido mirarla, y le respondió:

— En otros tiempos mis oídos han escuchado con frecuencia que me llamaban así, jóven extranjera, y ciertamente que entonces era eso un alto honor, porque semejantes elogios y tan distinguidos títulos no se otorgaban sino al hombre que los habia merecido. Pero, niña, ¿quieres explicarme por qué me dices eso?

— Porque en estos lugares únicamente tu eres, Carrin, quien me hace comprender y me da explicacion de cómo los antiguos pobladores de vuestras comarcas pudieron atravesar tantos países y vencer á tantas naciones, hasta invadir el suelo de mi patria y sembrar allí la desolacion y el espanto.

—Lo que hablas, jóven esclava, me causa extraordinaria sorpresa. Puede decirse que apenas si sales de la infancia y ya tienes noticias de la historia de nuestro pueblo, que yo no he pedido adquirir, sin embargo de haber vivido seis veces tu edad.

— Dime, noble galo; ¿tus antepasados han permanecido constantemente en estas comarcas? ¿Han esperado aquí siempre que la guerra venga á buscarlos? ¿No han sido ellos los que la llevaron más de una vez á remotas y apartadas regiones?

El anciano, despues de un momento de silencio en que pareció haber estado reconcentrando sus recuerdos, dijo:

— Si; allá en una época de la cual apenas se guarda memoria entre nosotros, dicen que nuestros antepasados fueron el terror del mundo. Recuerdo en este instante que cuando yo tenía tu edad lo oí decir á un viejo druida, que era entónces tan anciano como yo lo soy ahora, y aquel sacerdote añadía que para él era tambien el recuerdo de una tradicion y de un relato que habia escuchado en su niñez. Hombre ninguno podria fijar los años que han trascurrido desde aquellos sucesos.

— Te equivocas; — dijo Dionea — apenas se cuentan cuarenta olimpiadas (1) desde que bajo la conducta y mando de

(1) La olimpiada era un periodo de cuatro años, en el primero de los cuales celebraban los antiguos griegos ciertos festejos en las inmediaciones de la ciudad de Olimpia y desde entónces notaban las fechas de los sucesos por olimpiadas. Llámanse aquellos tiempos Era de las olimpiadas, que empezó 746 años ántes de Jesucristo.

Belgio y de Brenno (1), invadieron los galos

(1) *Belgius et Brennus* son los nombres con que designaron los griegos y los romanos á los capitanes de dos ejércitos de galos que invadieron la Italia y la Grecia. Uno de ellos lo verificó 388 años ántes de Jesucristo, derrotando á los romanos junto al río Allia y tomando é incendiando á Roma : el otro lo hizo 278 años ántes de Jesucristo, llegando hasta las Termópilas, que es un desfiladero formado por el monte Oeta y el mar, que cerraba la entrada de la Grecia propiamente dicha por el lado de la Tesalia; pero fueron completamente dispersos y exterminados en las cercanías de Delfos. Véanse los detalles históricos que se tienen de ambos sucesos.

Dos siglos despues de las primeras expediciones de los galos, tuvo lugar la de los senonenses (originarios del Yonne y del Aube), mandados por Brenno, cuyas correrías son las más nombradas de cuantas ejecutaron los pueblos de las Galias, por los peligros que con ellas amenazaron á la naciente fortuna de Roma. Atraídos los soldados de Brenno por la fama de los vinos y de los productos del país, cuyos conocimientos adquirieron con los regalos que les hizo un toscano llamado Arnus, pasaron el Itubicon y pretendieron establecerse en la Etruria poniendo sitio á Clusio (Chinsi), la capital del rey Porsena. Los habitantes llamaron á los romanos, que se presentaron en ademan de mediadores, enviando á los galos tres embajadores conocidos por los tres Fabios, descendientes de aquella noble familia de los Fabios que cerca de un siglo ántes habia levantado por sí sola un pequeño ejército contra los Veyos (ciudad de Etruria á orillas del Tiber), cuyas fuerzas se sacrificaron por Roma pereciendo todos en una emboscada, casi al mismo tiempo, de igual modo y en el propio número que los 500 espartanos de Leonidas se sacrificaban por Grecia en las Termópilas por detener á los Persas. De mediadores se convirtieron los Fabios en auxiliares, batieron á los galos y áun uno de ellos mató por su propia mano á otro de los capitanes de Brenno. Irritado éste, pide al senado de Roma el castigo de los culpables ántes de pensar en tomarse la justicia por sí mismo, cuya prudencia, por no ser de esperar en un jefe de bárbaros, no fué ciertamente apreciada por los romanos cual debió serlo, y en vez de atender las reclamaciones de Brenno pusieron á los tres Fabios en el número de sus magistrados premiando así aquel acto

la Grecia y amenazaron de total ruina á la

de violencia. Al tener noticia los galos de tamaño insulto levantan precipitadamente el cerco de Clusio y marchan indignados contra Roma, sedientos de sangre y de venganza, y penetran por asalto en su recinto. Los romanos aterrados se encerraron en el Capitolio, y Brenno, dueño de la ciudad, la incendió y saqueó despues de haber degollado á los ancianos, á las mujeres y á los niños que no habian tenido tiempo para huir de ella.

La caída de los galos sobre Grecia tuvo otras razones. Contenidos cada vez más los esfuerzos de los celtas por el siempre creciente poder de los romanos, se dirigieron contra otros pueblos y naciones ménos fuertes, y se cree que entónces fué cuando tuvo lugar la invasion de Belgio y del segundo Brenno en la Macedonia y en la Grecia. En tiempos de Alejandro (320 años ántes de J. C.), ya tenian los galos algunos establecimientos cerca de estos reinos y se pusieron á sueldo de aquel gran general, dándole aquella respuesta célebre de *que no temian á nada ni á nadie más que á la caída del cielo*. A la muerte de dicho príncipe, los que ocupaban la Iliria hasta las fronteras de la Tracia, se alistaron bajo las banderas de Antígono el Cíclope; pero muerto éste en la memorable batalla de Ipsos, empezaron los galos á extenderse por el Asia. Veinte años despues y en la misma época de la guerra de Pirro con los romanos (280 años ántes de J. C.), atravesando Belgio la Panonia y la Iliria se arrojó con sus tropas sobre la Macedonia, siendo inútiles los esfuerzos heroicos que para evitarlo hicieron, primero, Tolomeo Cerauno, hermano de Tolomeo Filadelfo rey de Egipto, y luégo Sosthene; pero esta irrupcion, llevada á cabo sin plan ni concierto, no tuvo más resultados que el pillaje y la devastacion, viniendo por último á parar en las sangrientas derrotas de los soldados de Belgio vencidos por los de Antígono Gonatis, nieto de Antígono el Cíclope. Empero Brenno, que se habia separado de Belgio, despues de la entrada de ambos en la Macedonia, atravesó con sus huestes el paso de las Termópilas, á pesar de la resistencia que le opuso el ateniense Calipo, y paseó sus estragos por toda la Grecia, hasta que no encontrando ya riquezas ni botin, formó el atrevido y último proyecto de apoderarse de los inmensos tesoros que, desde tantos siglos atras, acumulaba incesantemente el fanatismo de los pueblos en el templo de Delfos; pero habiendo dado

poderosa Delfos, la rica y bella ciudad de Apolo (1).

—¿Has dicho cuarenta olimpiadas?— preguntó Carrin.

—Sí, ciertamente, —dijo Dionea.

—¿Y cuántos años es eso?

—Tantos como el doble de los de tu vida.

Carrin pareció quedar asombrado, y volvió á preguntar:

—¿Y cómo has podido tú saber eso?

—Muy fácilmente, anciano: yo he nacido en Delfos, y he tenido ocasion de leer muchas veces en el templo de Apolo la inscripcion de la estatua de Aleximaco, que fué muerto en una de aquellas sangrientas jornadas. Esa inscripcion conmemora tan terrible suceso, y es al mismo tiempo un testimonio eterno de gratitud á los dioses inmortales por haber concedido á la patria la señalada merced de que los ejércitos de la Grecia pudieran exterminar á sus enemigos y librar á la ciudad de la

tiempo á los habitantes de la ciudad para que se fortificasen y se preparasen á la defensa, fueron derrotados completamente y arrojados al Helesponto, de cuyas orillas, sin embargo, se apoderaron los galos estableciéndose en aquellas comarcas. (N. del T.)

(1) Entre los suntuosos y magníficos templos que la antigüedad ha conocido y confesado por uno de los más famosos del mundo, dice el Padre Fray Baltasar de Victoria que lo fué el de Delfos, consagrado á Apolo, de donde vino el que se le llamase á este dios Apolo Delfico,

horrenda tempestad que la amenazaba (1).

— Ciertamente deliras,— dijo Carrin á Dionea con el acento de la duda y con el desden de la ignorancia, — si te imaginas que la vejez me trastorna y debilita hasta el punto de volverme á la cándida credulidad de la infancia. ¿Cómo es posible que se hayan conservado esos recuerdos y esos detalles en tu país, cuando aquí en el nuestro no existen ni se conocen?

— Pues yo te añadiré que no solamente se consignan en los monumentos de nuestros templos, si que tambien nuestra historia positiva nos lo enseña. Así es que cuando hace pocos instantes yo te contemplaba y me imaginaba lo que has debido ser en tu juventud, vino á mi memoria como un asalto el texto fiel de la descripcion que uno de nuestros más famosos y exactos historiadores ha dejado escrita para re-

nombre el más frecuentemente usado entre los poetas; y Zezes dice que el opulento Creso, rey de Lidia, donó para la edificacion de aquel templo mil ladrillos de oro. Fué la ciudad de Delfos una de las mayores de todo el reino de Beocia, cerca del monte Parnaso, consagrado tambien á Apolo; y llamóse así de un hijo del mismo Apolo ó de Neptuno nombrado Delpho. Los griegos creian que Delfos era el punto céntrico de la tierra y concurrían á ella las gentes de todo el mundo para oír las respuestas del oráculo del templo, como lo dice San Agustin y Luciano. (N. del T.)

(1) Los griegos pretendian que los dioses habian tomado personalmente parte en aquella lucha, peleando en favor de los de Delfos. (N. del T.)

tratar á este pueblo terrible, diciendo aquel autor que era tan considerable el número de sus soldados como el de las arenas del mar; que marchaban á la pelea entonando los himnos de sus proezas y lanzando tan tremendos gritos, que ponian el espanto y el terror en el ánimo de sus enemigos; que combatian con el cuerpo desnudo hasta la cintura, blandiendo enormes machetes ó armados de temibles dardos, y llevando un colosal escudo que les cubria por completo, y sobre el cual vadeaban los rios; que tenian una estatura elevada; que eran blancos, de ojos azules, de barba poblada, y con rubias y largas cabelleras que les llegaban á las espaldas.

Atento el anciano, escuchaba con avidez la elocuente y exacta pintura que relataba Dionea, y como si cada palabra de la griega esclava le fuese despertando un vago recuerdo y una dormida reminiscencia, su fisonomía se fué animando poco á poco, hasta que por último, exaltado y dominado por el gozo, exclamó:

— ¡ Sí, sí, Dionea! Así eran los hombres de mi país ántes que los griegos de Marsella (1) los hubiesen infestado con la cor-

(1) Tito Livio, célebre historiador romano, supone que la fundacion de Marsella por algunos habitantes de la Fócida coincidió con la primera excursion de los galos en Italia, y segun dice Solin, historiador que floreció á

rupcion del lujo y el sentimiento de la servidumbre. ¡ Ah !... Si hubiesen continuado siendo los mismos y rindiendo culto á su religion y á sus costumbres, no hubieran penetrado los romanos en el corazon de nuestras comarcas ; pero despues de haber sido vencido nuestro último rey Bituit por Máximo, y despues de haber seguido á éste sobre su carro de plata en la fiesta que llamaron el Triunfo del Procónsul, ¡ ah ! despues de esto ya no queda más que el recuerdo de aquellos valientes guerreros y el nombre de aquellos feroces galos.

En aquel momento la jóven esclava opri-

principios de la Era Cristiana, la fundacion de Marsella fué en el primer año de la xxxv Olimpiada, ó sea el 599 ántes de Jesucristo, y por consiguiente, sesenta años anterior á la ruina de Fécida por Harpago, general de Ciro, en el intervalo que trascurrió entre la derrota de Creso, rey de Lidia, por Ciro, y la toma de Babilonia, por el mismo conquistador. No queriendo los focenses sufrir el yugo de los medos, fueron á refugiarse primero á la isla de Córcega, donde veinte años ántes habian fundado una colonia, y luégo á la Calabria, donde fundaron á Hyele. Esta doble expedicion de los habitantes de la Fécida ha motivado sin duda el error de algunos historiadores que atribuyen á la fundacion de Marsella la misma fecha que á la ruina de Fécida.

El nombre de Ciro y los sesenta años de anterioridad nos llevan á los tiempos de Nabucodonosor, á los del último rey de Judea, á los de la ruina del primer templo de Jerusalem, á los de las leyes que promulgaba Solon en Atenas, y á los de la fundacion del Capitolio de Roma por Tarquino Prisco.

Marsella ha correspondido siempre á tan noble abolengo ; fué rival de Cartago y de Tiro por su comercio, y hoy cuenta 120.000 habitantes. (N. del T.)

mia con emocion las rodillas del anciano, y olvidando en su entusiasmo que hablaba á un pobre ciego, exclamó :

— ¡No, Carrin; mira, mira! Roma no los aniquiló todos.

Y con el dedo señalaba la presencia de un guerrero semejante en un todo á los que acababa de retratar, con su enorme espada, su colosal escudo, su rubia cabellera, sus ojos azules, y todo aquel aspecto montaraz, bárbaro y feroz que habia sido por tanto tiempo el arreo más invencible de aquel pueblo indomable y salvaje. Además llevaba aquel soldado alrededor del cuello una argolla de hierro brillante como el acero más bruñido, á causa del ludimento producido por el uso, pudiéndose juzgar por este indicio que el guerrero llevaba aquel singular adorno desde una larga fecha.

El extranjero se fué acercando lentamente, y dirigiendo su mirada sombría á Dionea, que temblaba al contemplar su aspecto, la dijo con voz pausada y triste :

— ¿Has dicho Roma?... ¡Roma! ¿Ese nombre es conocido tambien en vuestras comarcas? ¿En los lugares donde el sol nace, y en aquellos otros donde se oculta, le he de encontrar siempre como un enemigo irreconciliable que me persigue á traves de la inmensidad de los mares y de la tierra?

¿Ese nombre abate, pues, el valor de los pueblos por todos los confines del universo?

Carrin escuchaba aquella voz con singular y creciente asombro, y la esclava respondió:

— Por doquier que exista una tierra que conquistar ó riquezas y tesoros que sirvan de estímulo al pillaje y al saqueo, escucharás el nombre de Roma.

— ¿Quién eres tú, — dijo Carrin, — que traes á estos lugares nuevas maldiciones contra Roma, y qué es lo que buscas en este país?

— Busco aquí lo que he buscado en otras naciones, y lo que no encuentro en ninguna parte: hombres que defiendan nuestra patria.

— ¿Y con qué títulos llegas tú á los galos tectósagos para solicitar esa defensa?

— Vengo á ellos como el hermano se acerca á sus hermanos.

— ¿Pues no dices que has atravesado toda la extension de la tierra y la inmensidad de los mares? ¿De dónde vienes? No te comprendo: explícate, pues.

— ¿Para qué? — dijo el guerrero. — Estando aquí Roma, no puedo encontrar ya en este suelo la libertad ni el valor. Hasta la hospitalidad, esa virtud antigua y santa de nuestros padres, debe estar ya proscri-

ta de esta tierra , como lo estarán tambien nuestra religion y nuestras leyes. Es inútil, por tanto , que yo me detenga más. Dime solamente hácia dónde he de dirigirme para encontrar la morada de Manobal , que es uno de los magistrados de la ciudad de Tolosa.

— Extranjero , ésta que ves es la morada que buscas : puedes entrar en ella y entregarte al descanso. Si mi hijo Manobal ha desertado de la causa de sus hermanos para abrazar la de nuestros enemigos , no ha olvidado , sin embargo , todas las virtudes que he procurado enseñarle , y yo en su nombre te ofrezco la hospitalidad.

< Durante este corto diálogo, Dionea no habia apartado su vista del extranjero ni un solo instante. Era aquel hombre tan señaladamente distinto de todos los que ella habia visto , que su atencion estaba excitada por una curiosidad infantil y al par por un sentimiento de admiracion y de interes.

El guerrero á su vez examinó á la griega , mas no aparentó sorprenderse de su aspecto ; despues paseó sus miradas por la fachada de la casa , observó su arquitectura y su fábrica , inclinó tristemente la cabeza , y fué á sentarse al lado de Carrin , murmurando por lo bajo estas palabras :

— Por todas partes los vestigios de su presencia..... ¡ por todas partes!

Ni Carrin ni Dionea pudieron oír ni interpretar estas frases, y el anciano dijo á la esclava :

— Ahora, Dionea, corre á traer un jarro de vino para dejar establecido con este extranjero el empeño de la hospitalidad que yo le concedo y que él acepta.

La griega obedeció lo que se le mandaba, y entre tanto Carrin dijo al guerrero :

— ¿Y no me dirás el nombre del que dice acercarse á nosotros con el título de hermano ?

— Me llamo Sigor y he nacido cerca de las riberas del Danubio, cuyo territorio fué conquistado por mis antepasados en época muy remota (1). El solo recuerdo

(1) Las noticias de las expediciones de los Celtas que parecen más exactas, aunque se refieren á tiempos menos remotos, se deben á Tito Livio y á Justino. Así lo aprecia L. P. Anquetil, historiador francés del siglo pasado, quien afirmándolo, dice que en tiempos de Tarquino Prisco existió Ambigat, rey de los biturrigios (los berryeros del Berry), el cual extendía su autoridad sobre toda la Céltica. Agobiado aquel Rey por la vejez y por el peso de los cuidados que le ocasionaba el mando de un pueblo extraordinariamente numeroso y turbulento, estudió la manera de reducirlo y aquietarlo arrojando fuera de sus dominios considerables expediciones de guerreros que marcharon seducidos por el afán de las victorias á establecer muchas y lejanas colonias. Con estas miras dió á sus dos sobrinos, Sigovesso y Belovesso, el mando de dos ejércitos formidables, en los que se alistaron multitud de hombres activos, valientes y aventureros. Sigovesso marchó en dirección á la Germania, hácia el bosque Herciniano (que hoy se llama la Selva Negra) y que, unido entónces á otros bosques del Rhin y de la Bo-

que de esos tiempos y de esos sucesos se conserva entre nosotros, es que el jefe que conducía á los conquistadores se llamaba Sigovesso, y mi familia ha guardado la especial memoria de su origen, porque todos llevamos el nombre del noble guerrero de quien descendemos y somos conocidos por la denominacion de Bebrices.

— Nuestros pueblos de las montañas del Pirineo, exclamó Carrin, llevan tambien el mismo nombre.

— Es que Bebrix, nuestro jefe, era asimismo oriundo de esas montañas, añadió el extranjero con la mayor naturalidad.

A pesar de esa naturalidad, Carrin no pudo ocultar el asombro que le causaban las palabras de Sigor; pero éste, que estaba muy ajeno de comprender la importancia de sus sencillas revelaciones, apoyó la

hemia, media una extension de sesenta jornadas de largo y nueve de ancho, segun lo explica César en sus *Comentarios*. Este Sigovesso, á la cabeza de los tectósagos (los Tolosanos) y de los Boyanos (del país del Buch) se internó en aquellas espesuras, y ganando algunas batallas contra los indígenas se estableció en Bohemia, cuyo territorio conserva, con alguna corrupcion, el nombre que le dieron los Boyanos del Garona, los cuales lo dieron tambien más tarde al país de los Boyarianos, que hoy es la Baviera, donde se fijaron definitivamente, cuando en tiempos de Augusto fueron derrotados y arrojados de aquellas selvas por Marodobio, rey de los Marcomanos, pueblo que habitaba el Norte del Danubio, y que á su vez huía la peligrosa proximidad de los Romanos.

(N. del T.)

cabeza entre sus dos manos y se entregó á profundas meditaciones.

—¿Y qué razon has tenido, Sigor—preguntó Carrin despues de algunos momentos de silencio—para trasponer tanta distancia y venir hasta aquí?

—El que yo te diga eso es tan inútil como lo será, sin duda, el viaje que he realizado.

—Sólo es dado á los dioses conocer el destino de los pueblos—replicó Carrin con grave entonacion.—Tal vez no debas abandonar toda esperanza.

En este instante apareció Dionea trayendo en una mano una copa y en la otra una ánfora pequeña; llenó aquélla con el licor que contenia ésta, y la entregó á Carrin, quien, despues de llevarla á sus labios y de verter sobre la tierra algunas gotas de aquel vino, la ofreció á Sigor diciendo con tono solemne:

—Que el omnipotente Mercurio vea que te recibo por mi huésped, y él permita que sea yo sacrificado sobre sus altares como los enemigos que caen prisioneros en el combate, si esta morada no fuese para tí un asilo inviolable.

Y presentó la copa á Sigor; pero éste la apartó con triste ademan, diciendo:

—Tus dioses no son los míos, anciano, y yo no puedo invocarlos ni jurar por ellos.

Y tirando en seguida de su espada y depositando el acero sobre la tierra, añadió:

— Que la diosa Herta (*la tierra*), nuestra madre universal, guarde mi espada en su seno como prueba de que esta morada está habitada por hermanos; y que el gran Teutates me sumerja en los helados abismos de Hella (*la muerte*) si este acero se dirige contra vosotros.

Carrin escuchó esta invocacion algun tanto avergonzado, y al cabo exclamó:

— Sí, tienes razon; nuestros dioses y nuestras costumbres no residen ya sino en vuestras selvas; ya no existen galos en la Galia; todos están en tu país.

— En mi país y tambien en otras muchas regiones existen galos todavía, anciano; pero en todas partes los mismos pueblos vencidos primeramente por las poderosas armas de nuestros hermanos, han conducido más tarde á éstos al abismo de su total ruina enervando su valor con la afeminacion de las costumbres y apartándolos igualmente de sus virtudes con la práctica de la licencia y de los vicios.

— ¡Será posible—gritó el viejo Carrin— que nuestra raza esté sentenciada á desaparecer del mundo!

— ¡Ay de mí! — exclamó Sigor tristemente abatido. — Toda esa avalancha y tropel de guerreros salidos en diferentes

ocasiones de este país y que se han esparcido por todos los confines de la tierra, los unos están á punto de perecer en los campos de batalla, y los otros se encuentran de tal manera confundidos y cruzados con las naciones á quienes han vencido, que casi desconocen su propio origen. Ciertamente que si no hablasen nuestro mismo idioma y si no lleváran el sello característico de la raza que los ha amamantado, sería preciso dudar que los Germanos, los Galateos (1) y los Panonios (2) fuesen originarios de una misma familia: tal se diferencian de sus antepasados, por sus costumbres, demostrando en esto y en otros varios rasgos lo mucho que han degenerado de sus padres, los unos por su barbarie, y los otros por su molicie, por su debilidad y por su sibaritismo.

— ¿Qué ha sido, pues, de aquellos valientes galos — exclamó Dionea con la llama del entusiasmo — que formaban parte de los ejércitos que Alejandro de Macedonia conducía á la conquista de la Tra-

(1) Habitantes de la Galacia, provincia del Asia menor, limitada por la Paflogonia, la Bitinia, la Capadocia, la Frigia, y la Liconia. (N. del T.)

(2) Habitantes de la Panonia, á orillas del Danubio, hoy Hungría. En algunas medallas antiguas se la representaba por dos figuras de mujeres vestidas con túnicas y teniendo en las manos varios emblemas militares.

(N. del T.)

cia (1), y que preguntados por aquel invencible caudillo acerca de sus temores, le contestaron que lo único á que podían tener miedo sería á que se desplomase el cielo y los aplastase? ¿Qué se han hecho esos galos?

— ¡ Ah! Esos fueron los compañeros, los hermanos de nuestros padres; esos eran los hijos y descendientes de aquellos otros que abandonaron este país bajo el mismo mando de Sigoveso, y que atravesaron también el Rhin, en tanto que las tropas de Belovesso pasaban los Alpes y conquistaban una parte de la Italia; esos eran los valientes y feroces guerreros que no quisieron detenerse, como lo hicieron nuestros padres, en los confines de la Germania, cuyo clima les pareció desapacible, y que descendieron por la Panonia y la Iliria vadeando el Danubio; esos eran, en fin, los que más tarde, mandados por un nuevo Brenno marcharon á conquistar el reino de ese Alejandro de quien has hablado; los que rotos y dispersos por la có-

(1) Gran region que confinaba con la Mesia, con el Ponto Euxino, con la Propontide, con el mar Egeo y con la Macedonia. Fué conquistada por Filipo y Alejandro, pero despues de la muerte de este último recobró su libertad, y fué luégo invadida por los mismos Galos, si bien éstos, á su vez, fueron más tarde arrojados del país por un descendiente de sus antiguos reyes. *Bósforo de Tracia*; los Dardanelos. (N. del T.)

lera de vuestros dioses, que precipitaron sobre ellos las peñas del monte Parnaso (1), quedaron todavía tan poderosos y temibles, que una parte de los restos de aquella formidable hueste regresó á Tolosa, su primitiva patria, y enriqueció vuestro templo de Apolo con el botin de la Grecia, mientras que los demas conquistaban la Frigia y la Paflagonia y fundaban el estado de los Galateos, donde se eleva la monumental Ancira (2) y sus mil y quinientas ciudades.

Carrin escuchaba estos relatos profundamente impresionado de entusiasmo, y su vejez se reanimaba al tener noticia de todos los grandes hechos de sus compatriotas; pero su atencion se habia fijado especialmente en una frase de Sigor más que en ninguna otra, y repitió con marcadísima expresion de interes:

—¡Un nuevo Brenno has dicho! ¿Ha habido algun otro anterior?

—Sí: los descendientes de los soldados de Belovesso habian tenido tambien el suyo: el Brenno que bajando por el territorio de los Alpes venció á los romanos,

(1) El mismo dios Pan en persona peleó á favor de los Focenses y Delfianos (segun los poetas griegos) sembrando tal terror entre los galos, que con motivo de esta fábula se calificó de *terror pánico* todo espanto extraordinario. (N. del T.)

(2) Hoy Angora.

asaltó á Roma y entregó al incendio aquella detestable ciudad.

—¡ Ah !—gritó Carrin —¿ cuál ha sido el espíritu del averno que la ha levantado del antro de sus ruinas ?

—El espíritu de su fortuna , que desde entónces la ha ido engrandeciendo de tal suerte y hasta tal extremo , que el mundo entero es hoy pequeño y estrecho para contenerla. ¡ Oh !—añadió el guerrero con indecible amargura.—Cuando en el oscuro rincón de nuestras apartadas selvas, inflamado por el santo amor de la patria , soldaba esta argolla de hierro en mi garganta, según los usos de nuestras antiguas leyes, haciendo solemne juramento de no despojarme de este signo de esclavitud hasta no haber recorrido todos los países habitados por la raza de los galos, ignoraba yo entónces que en la mayor parte de las comarcas donde el romano hubiese asentado el pié sólo había de encontrar al presente la cobardía y la esclavitud.

—¿ Y qué es de todos esos fieros conquistadores ? ¿ Qué es de la noble raza de los galos ?

— Es de ellos lo mismo que es de vosotros : se han convertido en pueblos degenerados , y se les encuentra oprimidos por la zarpa de las águilas romanas , que los tiene aprisionados desde el uno al otro

confín del universo. Los galos de Italia están dominados hasta el punto de llamarse romanos á sí mismos: los de la Galacia huyen como espantadas fieras ante las legiones de Manlio (1), que los insulta con sus discursos desde las alturas del Eta (2), y los azota y aplasta con sus falanges: los de Bizancio (3), que también fué conquistada por los galos, pagan un tributo á los romanos: los de la Panonia están sobrecojidos y amedrentados con las dos recientes derrotas que han sufrido de aquellas centurias. Solamente nosotros, los que habitamos los extensos bosques de la Germania, no nos aterroramos al oír el nombre de Roma, ni nos causan pavor sus legiones.

En este momento la voz de un nuevo personaje que se presentaba, replicó:

—Porque áun no las habeis visto de frente.

Era Léntulo, que se habia aproximado

(1) Tito Manlio Torcuato, hijo del dictador Tito Manlio y nieto del consul Marco Manlio Capitolino. Fué tribuno militar de las legiones romanas en la guerra contra los galos, 362 años ántes de Jesucristo. (N. del T.)

(2) Monte situado en los confines de la Grecia, propiamente dicha, y de la Tesalia, cerca de las Termópilas y en medio de la Dóride. La mitología supone que allí murió Hércules.

(3) Sobre las ruinas de Bizancio se fundó Constantinopla, y uno de los tres arrabales de esta moderna ciudad conserva el nombre de *Galata*. Tomó aquella denominacion de Bizante, á quien la fábula supone hijo de Neptuno y de Ceroesa, que se cree fué su fundador.

(N. del T.)

sin ser visto, y que se presentaba provocativo y altanero: los dos galos se pusieron de pié con presteza, y Sigor respondió al Procónsul:

— Porque nuestros rios son profundos y caudalosos; porque nuestras selvas son espesísimas, y porque son sobradamente fuertes nuestros escudos para que jamas puedan llegar hasta nosotros.

— Yo iré á convencerlos de lo contrario, á pesar de vuestras selvas, de vuestros caudalosos rios y de vuestros inexpugnables escudos, si la República me concede una sola legion, y si tú quieres decirme cuál es el camino que conduce desde Roma hasta tu patria.

— El mismo, — dijo Sigor, — que va desde mi patria á Roma.

Esta respuesta nubló el semblante del patricio romano, y Léntulo lanzó una mirada recelosa sobre Sigor, que se alejaba en compañía de Carrin. El anciano habia cogido de la mano al guerrero, y le arrastraba consigo aceleradamente léjos de aquel sitio, murmurando por lo bajo terribles imprecaciones contra Léntulo, el cual quedó á solas con Dionea.

— Y bien, — dijo á la esclava, — te has esmerado hoy para embellecer á tu dueña, ¿y crees que Cesonia me reciba con sus favores?

—Ya hace dos horas que te aguarda, Léntulo; y una mujer jóven y hermosa que espera...

—Ama y piensa en aquel que la hace esperar,— se apresuró á decir fatuamente el jóven patricio, acomodándose los pliegues de su toga.

—Tu plática con ella tiene que ser hoy breve, porque se acerca la hora en que Manobal debe regresar de Tolosa: apénas tendrás tiempo para probarle cuánto la amas.

—Así, al ménos, no tendré ocasion de hastiarme; y bien sabes tú, Dionea, que jamas ningun noble romano dispensó tanta honra á sus acreedores, porque se necesita tener una notable probidad para conformarse á ser el yerno de ese Manobal, un pescador de la costa, que nadie sabe cómo se ha enriquecido, y cuyo padre, que llegará á ser mi abuelo, es tan incivil y salvaje como el can moloso que guarda los ganados. Verdad es, por otra parte, que la hija ha tenido el buen gusto y el acierto de reconocer que debia darme la preferencia sobre esos bozales campesinos de Tolosa, que nos ofrecen sus grotescas figuras cuando intentan vestir nuestras togas.

El romano sonreia al pronunciar estas palabras; pero á traves de su aparente

frivolidad podia descubrirse que ocupaba su imaginacion un pensamiento más serio. Dionea le habia escuchado con íntimo sentimiento de desprecio, y luégo siguió tras él en direccion al pórtico; pero ántes de penetrar en la morada de Cesonia se detuvo Léntulo, y preguntó á la esclava:

—¿Quién es ese bárbaro que estaba aquí cuando yo he llegado? ¿De dónde viene y á qué viene? ¿Puedes decírmelo?

—Lo ignoro, señor.

—Es acaso algun antiguo amigo de Manobal ó de Carrin?

Dionea dudó un momento buscando forma á su negativa, y al fin respondió:

—Señor, no lo sé.

—¿Es del país de los Carnutos ó del de la Boyaria? ¿Viene de la Germania ó de la Grecia?

—Lo ignoro, señor.

—¿Hace mucho tiempo que ha llegado, ó sólo está aquí desde esta tarde?

—Tambien lo ignoro.

—Tú lo ignoras hoy todo, esclava, y se me figura demasiada ignorancia para que no sea exceso de malicia con propósito de engaño.

—No creo que me hayas dado á Cesonia para ejercer en esta casa el espionaje y la delacion, sino que me has colocado cerca de ella para enseñarla á hablar la lengua

griega con el acento ateniense, para que aprenda á pulsar una lira, y para que se eduque en los dignos modales que cuadran á la mujer que debe ser esposa de un patricio romano.

—Por Júpiter, que yo debiera relevarte de esa comision, porque es poco lisonjero el resultado que obtienes.

—Te advierto que no aceptaré ninguna otra.

—¡Me parece ver que la esclava se subleva contra su señor!—dijo el orgulloso Léntulo.

—No,—contestó Dionea con dignidad; —la esclava obedece; y como su actual dueña no le ha encargado que escuche ni sorprenda las conversaciones de cada cual para ir á referírselas, ve ahí porque no tengo el cuidado de averiguar los secretos de su padre, ni de sorprender las confidencias del huésped que recibe en su casa, ni mucho ménos necesito conocer la chistosa opinion de su futuro esposo acerca de la familia de que va á formar parte, ni el estimable concepto que le merece la mujer á quien va á honrar con su nombre.

—Dionea, mi bella griega,—dijo Léntulo acariciando dulcemente las mejillas de la jóven y alejándose,—yo creia que habias dejado de ser celosa.

Dionea no respondió; pero un rayo de

cólera enardeció su frente, y murmuró :

— ¡Oh! Desgraciado de tí, Léntulo, porque ya no sólo no estoy celosa, sino que te desprecio.

Léntulo penetró en la morada de Manobal, y atravesó el *atrium* (patio) sin encontrar á nadie; pero al llegar frente á la puerta que daba acceso al *tablinium* (salon principal), oyó á Cesonia que cantaba, acompañándose con los acordes de su lira, y se detuvo ejecutando una mueca de burla y desaprobacion. Al fin se decidió á penetrar en aquella estancia, y acercándose diligentemente á Cesonia, la dijo con acento adulator :

— Por las musas te juro que jamas han escuchado mis oidos una voz más encantadora que la tuya, Cesonia hermosa : eres la reina del canto y de la lira, y mil veces será dichoso el hombre que posea con tu amor tanta belleza y tanto talento.

— Si te agrada, — dijo Cesonia ruboriándose de placer, — yo me conceptuaré muy feliz repitiéndote la nueva cancion que me ha enseñado Dionea.

Léntulo se apresuró á detener delicadamente la mano de Cesonia, próxima á herir las cuerdas de su lira, diciéndole con lisonjero acento y afectada ternura :

— ¿No tienes otra cosa que hacerme oír, Cesonia, si no es el canto que te ha

enseñado esa esclava? ¿No pueden brotar de tu corazón á tus labios otras palabras de más deliciosa armonía, que para ser dulcísimas no necesitan más que el eco de tu voz?

—¿Qué puedo yo decirte que tú ya no sepas?

— Repite que me amas.

—¿Cómo no he de amarte cuando me has prometido hacerme tu esposa y conducirme á Roma? Dí, ¿no es cierto?

— Sin duda alguna.

—¿No me has ofrecido también una litera arrastrada por magníficos caballos para asistir al circo y al teatro?

— Sí, — dijo Léntulo, — tú tendrás todo cuanto corresponde á una noble patricia.

—Y me alejarás para siempre de este país de la barbarie, donde todo el porvenir de la mujer se cifra en vigilar las faenas del campo, si no es que tiene que desempeñar ella misma tan rudos trabajos.

—Y no obstante gozais el derecho de asistir con voto á los Consejos de la nación, deliberando en ellos acerca de los negocios de la República, por cuyo ejercicio darían las matronas de Roma todas esas comodidades que á tí tanto te seducen y que tanto deseas.

—Que yo renuncio gustosa, di más bien, en cambio del más pequeño adorno

de los que usaba Marcia, la esposa del cónsul Cepion, á quien pude admirar, ricamente engalanada, cuando acompañé á mi padre al campamento de aquel general, donde te ví por la primera vez.

—Pues bien, si quieres, yo te obsequiaré mañana mismo con esos adornos y esas galas que tanto te enamoran, rogándote que me complazcas en lo que voy á encargarte: acompañarás á tu padre á Tolosa, para asistir con él á la Asamblea que debe celebrarse mañana; tomarás asiento entre los miembros del Consejo, y me comunicarás detalladamente cuanto allí se decida.

—Léntulo, eso que me propones es una felonía contra mi patria.

—Por el contrario, Cesonia; eso significará una demostracion de fidelidad al pueblo romano, que te va á adoptar por hija suya, y será ademas una prueba de amor que darás á tu esposo.

Cesonia era dócil á la persuasion, porque se encontraba dominada por la fatal influencia de ese espíritu de novelería que ha seducido siempre tan fácilmente á las mujeres francesas (1), y que en aquella época les inclinaba á preferir los *vicios elegantes*, y las fingidas ó afectadas gracias,

(1) Y á la mujer de todos los países. (N. del T.)

posponiendo la severa y ruda belleza que les rodeaba.

—Léntulo, —prorumpió al fin Cesonia despues de algunos momentos de vacilacion, —yo ejecutaré cuanto quieras y cuanto me ordenes ; pero júrame ántes que me harás tu esposa.

—¿Qué clase de juramento te dejará satisfecha ?

—Tú no puedes jurar, como los galos, por tu barba ni por tus cabellos, porque tienes completamente rasurado el rostro y la cabeza al uso de nuestros esclavos ; pero puedes hacerme ese juramento por Mercurio, que es uno de tus dioses lares, y tambien lo es de los nuestros.

—Cesonia, el Mercurio de los galos, á cuya divinidad sacrificais víctimas humanas, no es el Mercurio de los romanos, que no exige la sangre de los hombres, y que se satisface con la de los corderos ; por este, pues, dios benigno é inmortal, te juro que serás la esposa de Léntulo.

En el momento que acababa de pronunciar esas palabras, percibióse el rumor de várias voces hácia la parte del atrium, distinguiéndose entre todas ellas la de Manobal. Léntulo se adelantó cortesmente á saludarlo con la mano, miéntras que aquél llevaba la suya á la cabeza y se arrancaba un cabello como testimonio de un

saludo galo de la más alta consideracion.

—Y bien, Manobal,—dijo Léntulo,—¿qué noticias nos traes de Tolosa?

—Ninguna agradable para tí.

Léntulo frunció el rostro, y Manobal añadió:

—Despues que hayamos hecho la comida de la tarde con ese extranjero, á quien mi padre ha dado hospitalidad, te las comunicaré; no conviene que él las conozca por el momento, ni tampoco es prudente que observe el disgusto que pudieran causarte. Sígueme, pues, al *triclinium* (1), y honra nuestra comida.

Al salir del *tablinium* para dirigirse á la sala del festin vieron que las viandas y los platos habian sido servidos sobre las baldosas del atrium, y que alrededor se habian colocado algunos tapices ó alfombras para comodidad de los convidados.

Ni Manobal ni Cesonia demostraron sorpresa; pero Léntulo exclamó con menosprecio:

—¿Quién ha dispuesto servir aquí la comida al estilo de los bárbaros? Ya sólo se acostumbra darla así á los perros.

(1) Hemos dejado intactas las voces latinas *atrium*, *tablinium* y *triclinium*, porque dan mejor idea gráfica. El *triclinium* era el comedor en la casa de los romanos, y se llamaba así porque ponian tres camas alrededor de la mesa.

—Pues así has de tomar la tuya, si la quieres, romano,—exclamó Carrin visiblemente descompuesto y alterado por la cólera;—y has de saber que he sido yo quien ha dado esta orden, Manobal,—continuó el anciano, dirigiéndose á su hijo;—la casualidad ha traído á tu casa á uno de tus compatriotas, y para recibirlo con los honores debidos, bien puedes prescindir por un día de las costumbres extranjeras que has adoptado, y volver á las que practicabas hasta hace poco tiempo.

—Lo que habeis hecho está bien hecho, padre,—dijo Manobal con marcada intranquilidad, y añadió:—Por lo demas, es indiferente que sea en uno ó en otro sitio donde comamos.

—Tiene razon Manobal,—replicó Léntulo, siempre mordaz y satírico;—estas baldosas no son más duras que las camas de paja que teneis en el triclinium

—Aun no hemos recibido otras mejores que tenemos pedidas á los griegos de Marsella,—se apresuró á exponer Cesonia, excusando la observacion de Léntulo.

—Es probable que cuando lleguen sean ya inútiles,—dijo Carrin,—porque debemos esperar que los hombres tengan entónces el deber y la necesidad de no dar descanso al cuerpo y...

—Padre mio,—interrumpió Manobal

comprendiendo las intencionadas frases de Carrin, — el extranjero á quien habeis escogido como huséped merece todas mis atenciones y respetos: yo espero, por tanto, que merezca los vuestros aquel que ha sido invitado por mí. Que cada cual ocupe su puesto, y comamos.

Carrin, Sigor, Léntulo y Manobal se echaron sobre las alfombras, y Cesonia permaneció de pié.

— ¡Cómo! — exclamó Léntulo; — ¿Cesonia no nos acompaña?

— ¿Y quién nos ha de servir? — dijo Manobal con naturalidad.

— Yo creo que eso corresponde á los esclavos.

— Los esclavos se ocupan en las faenas y en los trabajos del campo, y sus mujeres les sirven la comida cuando regresan á sus casas rendidos de cansancio y de fatiga, así como las nuestras tienen igual deber con respecto á nosotros mismos.

Léntulo iba á replicar; pero Manobal se anticipó con enérgica resolucion, y añadió:

— Tal vez no exista en Roma esa costumbre que practicamos con respeto en nuestro país, donde no tenemos vuestras matronas romanas, ni pretendemos que nuestras hijas lleguen á serlo, por lo cual procuramos que no olviden nuestros anti-

guos usos, en los cuales han de vivir forzosamente.

Estas palabras de Manobal sembraron la frialdad y el malestar entre los convidados, guardando todos el silencio de la desconfianza.

Manobal devoraba con afán las viandas medio cocidas que le servían sobre gruesas tortas de pan sin levadura, y Sigor, después de haber satisfecho su apetito con algunas frutas, observaba alternativamente á Dionea, que se hallaba agachada cerca del viejo Carrin para proporcionarle los auxilios que necesitaba, y á Cesonia, que servía con preferencia á Manobal y á Léntulo. Este último apenas había tocado con sus labios una perdiz roja, por más que esta clase de aves fuese muy apreciada y solicitada aún en la misma Roma por su carne delicada y su exquisito olor; pero se hallaba condimentada sin especias, y no podía satisfacer así las exigencias del paladar y del refinado gusto del jóven patricio, que se dedicaba en aquellos momentos á observar y estudiar la actitud de Sigor, y que al mismo tiempo enviaba de cuando en cuando miradas y sonrisas de inteligencia á Cesonia, prometiéndole en ellas otra clase de vida y otras atenciones diferentes á las que gozaba.

Dionea, por su parte, los observaba á

todos, y cada cual parecia estar poseido de distintos pensamientos é ideas, que deseaban y necesitaban otra ocasion más oportuna para manifestarse.

La comida fué, pues, breve, fria y silenciosa. Manobal se levantó el primero, manifestando en un principio algun embarazo y hesitacion entre su huésped galo y su huésped romano; pero al cabo, despues de unos cortos momentos de duda, se dirigió á su hija, diciéndola:

— Cesonia, quédate con tu abuelo acompañando á este bravo guerrero, porque Léntulo no puede pasar la noche en nuestra casa, y voy á acompañarle hasta la bajada de la colina; pronto estaré de regreso.

El romano se consideró despedido de una manera brutal; pero bien pronto los ademanes y los gestos de Manobal le hicieron comprender que éste lo que pretendia era alejarse con él, para poder ambos hablar en secreto y con toda libertad. Enseguida que salieron, Dionea se aproximó furtivamente á Sigor, y señalándole á Cesonia, le dijo:

— ¿Cuándo la has visto no la has encontrado bella?

— Sí, — dijo Sigor mirando fijamente á la griega.

— Pues bien: procura que ella te dé la

preferencia sobre ese p̄suntuoso Léntulo, y Manobal preferirá tu pueblo al pueblo romano, porque en eso, como en todo, la hija es la que influye en el ánimo y en la voluntad del padre; y como el padre es la persona de más influencia, y el que domina en la asamblea de Tolosa, tú tendrás...

— Dionea, — dijo Carrin, — guíame á la arboleda; deseo hacer mi ejercicio de costumbre. Sigor me perdonará si le dejo algunos momentos con la hija de mi hijo; pero mi vejez no puede prescindir de hacer una pequeña caminata despues de la comida.

— Yo seré vuestro guía, si quereis, — dijo Cesonia.

Carrin la rechazó dulcemente cuando aquélla se le aproximó, y Dionea se apresuró á alejar al anciano con diligente pres-teza.

II.

Sigor siguió á Dionea con la vista largo rato, hasta que la esclava griega desapareció del todo, y entónces volvió sus miradas para fijarlas sobre Cesonia, que permanecia en pié y en silencio no léjos de él, manifestando en su actitud y en su fisonomía el disgusto y la contrariedad que le producía el encargo que le habian impuesto.

Cesonia tenía atentamente clavada la vista en Sigor, contemplando su aspecto, pero era sólo movida por un instinto de curiosidad, y como se mira un objeto raro y extraordinario. Había además en sus miradas la intención de ese exámen desdeñoso de mofa y desprecio que las mujeres hacen rápidamente del hombre que no les inspira simpatías. Aquella joven tímida, que ante la impertinente elegancia y sueltos modales de Léntulo se consideraba tan humilde y tan inferior, se disponía, por el contrario, en presencia de Sigor á abrumar á éste con los desdenes orgullosos de su semi-civilización. Sigor, por su parte, no demostró sorpresa ni aparentó ofenderse por aquella insultante curiosidad, y después de algunos momentos de silencio, dijo á Cesonia.

— Mírame bien, joven, y te convencerás de que soy un hombre y no un monstruo raro que se exhibe en espectáculo, como esos osos que los cazadores cogen en vuestras montañas.

— También son hombres nuestros esclavos, — respondió Cesonia con una insolencia capaz de desconcertar á otro que no fuera Sigor.

— Di más bien que vuestros hombres todos son esclavos.

— Es muy posible que tengas razón, y

esa debe ser la causa por qué no inspiran más que desprecio.

— Pero el derecho de despreciar no lo tienen sino los caracteres libres é independientes, y no aquellos que aceptan con gozo ó con resignacion la tiranía de un extranjero, envileciéndose aún más que los mismos esclavos.

— También eso es cierto, y estoy conforme con tus apreciaciones; pero sólo pueden aplicarse á los que aceptan esa tiranía, mas nunca á los que imponen la suya.

— Te comprendo, Cesonia, y te compadezco, porque ese romano te adula y te engaña llamándote probablemente su señora y su deidad: desconfía de la sinceridad de esas palabras, endulzadas con fines alevosos, que algun dia vendrán en tu daño.

— ¿Y por qué no he de creer en ellas? ¿Para que la verdad sea verdad ha de ser indispensable que se nos presente bajo un aspecto grosero y salvaje, con modales feroces y con palabras mal sonantes ó llenas de acritud?

— No, ciertamente; pero es preciso que esa verdad sea dicha por un hombre que no tenga ningun interes contrario para fingirla.

— ¿Y qué interes puede tener Léntulo que le incite á engañarme?

Sigor dudó un momento en responder á esta pregunta, y al fin dijo á la jóven :

— La explicacion que pudiera yo darte de ese interes está más allá de los límites de tu inteligencia.

— Veo, extranjero, que me lisonjeas en extremo, y que me abrumas con tus delicadas atenciones.

— ¡Oh! Al hablarte así no es á tí á quien censure, porque tú no puedes saber ni comprender más de lo que te han querido enseñar; pero si yo hubiera tenido que responder á una de las mujeres de mi país, ó á una de aquellas otras que en otros tiempos hacian honor á estas comarcas, yo les hubiera explicado cuál puede ser ese interes, y ellas me hubieran comprendido.

— Pues bien, Sigor; ensaya á ver si puedes hacérmelo comprender: tal vez sea ménos pobre mi inteligencia de lo que tú supones.

Cesonia pronunció estas últimas palabras con tal expresion, al parecer, de sencillez y franqueza, que Sigor, sin sospechar siquiera la doblez de la jóven, le contestó primero con tristeza y luégo con exaltacion y creciente entusiasmo:

— ¡Ah, Cesonia! Ojalá pueda yo despertar en tu alma el sentimiento sublime de nuestra noble fiereza gálica! ¡Ojalá

tambien, viéndote sensible al recuerdo de las glorias de nuestros antepasados, pueda reanimarse mi propio espíritu, recuperar la fortaleza que se extingue en mi alma y desechar la duda que me acobarda! No: yo no puedo vituperarte ni hacerte culpable por que la fatalidad te haya condenado á vivir hasta hoy rodeada de un pueblo tan degenerado que da al olvido todas nuestras antiguas virtudes; ni tampoco puedo acusarte de que no busques esas virtudes como la más noble investidura, como la más preciada dote de una mujer; porque yo mismo, al cabo de cinco años que han trascurrido desde que abandoné los bosques de mi patria y me separé de mis hermanos, ignoro si tengo en el corazon el mismo amor á sus costumbres y el mismo manantial de ódio para los extranjeros. Pero tu vista, Cesonia, me ha transportado con mis recuerdos á los tiempos aquellos en que yo no conocia otra cosa sino nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras mujeres y nuestros dioses. Sí, Cesonia; tu eres bella como las hermosas vírgenes de la Panonia; como ellas eres noble, grande, magnánima y esforzada: el triste verdor de la verbena coronaria dignamente tus rubios cabellos: los raudales de tu elocuente palabra darian mayor brillo y esplendor á nuestras asambleas: tus

hermosos ojos azules leerian el porvenir en nuestros oráculos: en tu frente y apostura se descubre el sello de la fortaleza que debe animar á la esposa de un valiente guerrero, para seguirle en los campos de batalla y contar sus heridas. Tu puedes ser, en fin, el amanecer de un nuevo y hermoso dia para la patria, y tan sólo al contemplar tu gentileza arde en mi pecho el fuego del remordimiento por el olvido de mis solemnes juramentos: una sola palabra tuya inflamará mi valor y hará que renazca en mi corazon la esperanza de poder salvar nuestra noble raza; esperanza próxima á extinguirse ya por el desengaño de haber intentado, inútilmente hasta ahora, despertar en las almas de nuestros compatriotas el noble sentimiento de libertad é independenciam, porque los he encontrado tan incapaces de un generoso esfuerzo y de tal manera plegados á la costumbre de ser vencidos y dominados, que he empezado á desconfiar de mi propia firmeza y dudo si habrá llegado la hora en que yo mismo hubiere de aceptar el yugo por la flaqueza, y la ignominia por el ejemplo.

Cesonia, conmovida y afectada en un principio con la exaltacion entusiasta de Sigor, y lisonjeada luégo en su amor propio con los elogios que aquél habia prodigado á su belleza y á sus cualidades, recu-

peró, no obstante, su aparente serenidad y meditada calma tan pronto como el galo terminó de hablar, y le respondió con dulzura :

— Sin duda, Sigor, que sería ésa una elevada mision, cuyos resultados deberian ser asimismo honrosísimos y brillantes para tí y para la mujer que te acompañase en tan noble empresa.

— Conquistariamos las dos santas recompensas destinadas al valor y á la virtud, esto es, la consideracion universal y el imperecedero recuerdo de nuestros nombres, que se perpetuaria en la memoria de todas nuestras generaciones.

— Ciertamente; — añadió Cesonia con fingido acento de afectada inspiracion, aunque dejaba percibir su sarcástica mofa — si el poderoso influjo de una mujer amante te estimulase para realizar esos nobles proyectos, que todavía ignoro, es indudable que serías aclamado y saludado por los tuyos con los títulos de heroé y de grande: el reconocimiento y la gratitud pública te colocarian en el rango de los primeros guerreros de la nacion: los ejércitos te eligirian su jefe y los pueblos te proclamarian, tal vez, su rey. Esta sería la recompensa que obtendrias ¿ no es verdad, Sigor ?

— Sí, — dijo el galo creyendo sincero el

entusiasmo de la jóven, — sí, esa sería la recompensa por haber logrado reunir del uno al otro confin del mundo, en són de guerra, á las diferentes naciones gálicas, para que se precipitáran á la vez sobre Roma, invasora de todos los pueblos y viciadora de todas las costumbres.

— Y la recompensa que obtendria la mujer que hubiera reanimado tu valor é inspirado tu fe, sería tambien grande y extraordinaria; — añadió Cesonia con más abierta y marcada intencion. — Esa mujer sería nada ménos que la esposa de un jefe galo: durante la paz, miéntras él se embriagára en la molicie y en la holgazanería, ella velaria esclavizada bajo el peso de las más rudas y serviles faenas domésticas ó agrícolas; él viajaria tendido sobre un soberbio carro, y ella le seguiria á pié soportando todas las fatigas del cansancio; en la guerra participaria de todos los peligros, huyendo con él si era vencido, pero viéndole á él sólo engalanarse con el botin si era vencedor. ¡Ah! ¿No es verdad que ése es un destino y una posicion envidiable? ¿No es verdad que una mujer debe intentarlo todo por alcanzar tanta dicha?

— ¡Ah, Cesonia! — exclamó Sigor consternado y confuso. — Te mofas sangrientamente del huésped de tus padres y haces escarnio de todo lo que fué siempre sagra-

do y respetable para las mujeres de nuestros antepasados!...

— No por cierto, — replicó Cesonia con insistente sonrisa. — Por el contrario, admiro el envidiable destino de las mujeres de los galos; pero no me considero con méritos bastantes para obtenerlo, y prefiero una suntuosa y comfortable morada, el descanso y las comodidades, los placeres de la danza, los espectáculos del circo y del teatro, y el amor y las delicadas atenciones de un romano, á la miserable choza de aneas, á los penosos y rudos trabajos, á las interminables y crueles caminatas, á los goces salvajes de vuestros festines y al maltrato y á los groseros desdenes de un galo: en una palabra, porque considero preferible el dominio á la esclavitud. Esto será, tal vez, no respetar las costumbres de mis antepasados; pero de seguro será tambien estimar mejor la dignidad de mi sexo. No te admires, Sigor, de esto, ni de que te diga que he creido adivinar tus intentos; porque te he visto conferenciar con mi padre y he descubierto el móvil que le ha impulsado á dejarme á solas contigo. Tambien he comprendido la intencion de haberse alejado mi abuelo; y finalmente, han podido sorprender mis oidos las palabras que te ha dirigido esa esclava cuando se marchó. Pero si Dionea te hubiese dicho la verdad,

si mi padre gobernase la ciudad de Tolosa, si dispusiese de sus destinos, y si yo dominase en la voluntad y resoluciones de mi padre, ten la convicción de que esta influencia no será jamás provechosa á tus planes, ni se ejercerá en tu beneficio; te lo declaro con la mayor y más sincera lealtad. Aunque me consideres adornada de muy escasas virtudes, he de tener una muy reconocida por tí: la franqueza. No sé, Sigor, si continuarás opinando que carezco de inteligencia; pero puedes estar persuadido de que no me falta, ni me faltará, resolución.

— Cesonia — exclamó Sigor con sonora voz y grave acento, — la firmeza de tu lenguaje y los propósitos de tu conducta me recuerdan la firmeza y la conducta de otra mujer: esa mujer se llamaba Chiomara y fué la esposa del tetrarca Ortiagon. Capturada esa mujer por un procónsul romano, quedó éste prendado de su hermosura y quiso colmarla de joyas y riquezas, convirtiéndose materialmente en un esclavo suyo por la intensidad de su amorosa pasión; ella rechazó primero todas las ofertas y venció todas las seducciones meditando, no obstante, su venganza, hasta que al cabo le concedió una cita; pero cuando él acudió al lugar donde habian de encontrarse, Chiomara le dió la muerte por su

propia mano y escapó al lado de su esposo, ante el cual arrojó la cabeza ensangrentada del romano, diciendo: «Ve ahí la cabeza del hombre que ha tenido la osadía de hacer á nuestra nacion el ultraje de imaginarse que una de sus mujeres podria ceder á los atractivos con que seducen á sus cortesanas.» Cesonia, los galos llamaron heroína á esa mujer, y los mismos romanos la calificaron de santa. Despues de esto puedes considerar el calificativo que te estará reservado.

Al terminar estas palabras, Sigor se separó de Cesonia y salió de la casa de Manobal con propósito y ánimo resuelto de abandonarla para siempre.

Pero cuando atravesaba la arboleda, llegaron á sus oidos los dulces acordes de una lira, que parecian nacer en el fondo de un bosquecillo de abetos.

Detenido en un principio por la sorpresa de aquella celestial armonía y seducido luégo por el encanto y la belleza de tan agradable melodía, caminó maquinalmente sin darse cuenta de sus pasos, y se fué aproximando poco á poco al lugar de donde partian los ecos.

A los acordes de la lira se mezclaba el timbre de una dulcísima voz que se distinguia pertenecer á una mujer, no obstante su brillantéz varonil y la severidad de su

entonacion, cuyos efectos eran hasta entónces totalmente desconocidos en el sentimiento de aquel bárbaro, el cual quedó asombrado y profundamente conmovido.

Y no lo fué ménos que de la armonía y del conjunto de aquella voz y de aquel instrumento tan artísticamente pulsado, que de la letra de aquel cantar, cuya expresion, sentido y poesía eran el mayor contraste de las frases que acababa de escuchar en los labios de Cesonia.

En efecto, los versos de aquel canto ensalzaban la suprema dicha de la mujer privilegiada y distinguida por el amor de un bravo guerrero: exaltaban hasta el supremo grado de lo sublime la ínclita gloria que, arrancando de la noble frente del esposo, cual rayo de esplendente luz, iba rectamente á iluminar, con todo su esplendor, la no ménos noble y pura frente de la esposa: inducian al consejo de aceptar los más penosos servicios con heroica abnegacion para llegar á conquistar y merecer tan alta preferencia, y proclamaban, finalmente, el deber de que la mujer consagrarse con entusiasmo una vida oscura y humilde á la existencia gloriosa y brillante del esposo, aceptando y reconociendo la bondad y el privilegio de la suerte que acababa de ser tan insolentemente rechazada y despreciada por Cesonia.

A cada paso habia ido creciendo más y más el asombro de Sigor; pero si grande habia sido su sorpresa al escuchar aquellos votos y aquellas alabanzas, todavía fué inmensamente mayor su admiracion al tener conocimiento de cuáles eran los labios que los pronunciaban. Ciertamente no podia esperar de Cesonia, hija degenerada de los galos, el elogio de las santas virtudes que habian residido en las mujeres de la antigua Galia; pero mucho ménos podia prometerse esos elogios, y tan apasionadamente expresados, en los labios de una esclava griega.

Diónea era, en efecto, la que pulsaba aquella lira y la que cantaba de aquel modo tendida sobre la hierba á los piés del viejo Carrin, que la escuchaba en silencio, absorto y profundamente afectado.

Debe suponerse que la jóven habria empezado á cantar por indicacion y para entretenimiento del anciano; pero despues habia ya seguido cantando por sí y para sí misma: su voz habia comenzado aquel himno, su sentimiento le habia dado expresion, y lo habia concluido con las entonaciones de su alma. Sin duda habia procurado, en un principio, halagar los recuerdos de Carrin y habia venido, al fin, á la irresistible manifestacion de sus propias esperanzas y deseos. Así es que su voz

vibraba con la agitacion del entusiasmo, y se conocia perfectamente que su pecho estaba conmovido por la vehemencia, y que la energía de aquel sublime sentimiento, al brotar de su corazon y al desbordarse por su garganta, debia estremecer todas las fibras de su sér, de igual manera que la inteligente mano y el sentimiento artístico del músico imprimen violenta conmocion y hacen vibrar hasta en su más pequeña partícula al mismo instrumento que animan.

El silencio de la noche hacía más distintos y penetrantes los sonidos de aquella poética armonía. La noche es más comunicativa. Durante el dia los multiplicados y diferentes ruidos de todo lo que se agita con vida y movimiento, encierran y contienen á cada uno de esos mismos ruidos dentro del pequeño círculo en que se producen, sirviéndose unos á otros de dique y barrera sin poderse esparcir por los aires. En aquella hora la voz de Dionea, libre de esos obstáculos, se posesionaba del espacio con la penetrabilidad de sus sonoros ecos, á semejanza de los rayos del sol, cuya luz intensa y esplendente se desliza poderosa y vivificante por las diafanidades de la inmensidad. La esclava era en aquel instante como el alma de un instrumento inmenso que esparcia sus notas por el Orbe entero.

El influjo de aquellos sonidos y de aquel acento era todavía más poderoso é irresistible al contemplar el aspecto que presentaba la jóven griega con su bella figura y su artística actitud. El pálido resplandor de la luna hacia resaltar á la vez el blanco mate de su frente y la brillante negrura de sus cabellos : si no fuera por el fuego vivísimo de sus hermosos ojos, se hubiera podido creer que aquella era una fisonomía de mármol sobre un fondo de ébano.

Sigor la escuchaba admirado y la contemplaba estático. El mágico encanto que emanaba de aquella mujer le producía sensaciones que le eran totalmente desconocidas, sensaciones que habían empezado con la embriaguez de su vista y de sus oídos, y concluyeron con los latidos de su corazón y con los suspiros de su alma. Dominado al fin por la exaltación más frenética y por el más vehemente entusiasmo, avanzó delirante hasta colocarse frente á Dionea, exclamando con sentido y conmovido acento :

— Tú sola, mujer sublime y hermosa, eres digna de ser libre, y esclava tuya la que pretende llamarse tu dueña.

Confusa y sorprendida la jóven al escuchar aquellas palabras, se incorporó de repente : una emoción, del todo distinta á la que experimentaba con su propio canto,

agitó subitamente todo su sér, el carmin del pudor coloreó sus divinas mejillas, y todo su semblante se iluminó con la expresion del gozo más inefable, quedando inmóvil, con la frente inclinada y baja la vista, miéntras Carrin decia á Sigor :

—No me sorprenden tus palabras, y ellas me anuncian el resultado de tu conferencia con Cesonia. Ya habia yo advertido y avisado á Manobal, hace algun tiempo, que los sentimientos de su hija habian degenerado bajo la influencia y con el trato de ese romano, como se altera la fragancia y lozanía de las flores al soplo de un aire mefítico y dañino : el que imprudentemente abre su casa al extranjero, no debe sorprenderse si, al regresar á ella, la encuentra tambien extranjera para él mismo.

—Ahora, —añadió Carrin,—relátanos lo que te haya dicho Cesonia, y sepamos lo que podemos esperar de ella, en órden al bueno ó mal éxito de tus proyectos.

—De quien tenemos que esperar lo todo y á quien debemos pedir contestacion es á Manobal,—respondió Sigor sin apartar la vista de la conmovida fisionomía de Dionea.

—Habiamos creido que las mujeres de estos tiempos desplegarian el poderoso y benéfico influjo que ejercian en la antigüedad las mujeres de los galos, porque les suponiamos la práctica de las santas virtudes

en que aquellas venerables matronas se inspiraban; mas ahora te digo que, despues de lo que acabo de oir de los labios de Cesonia, hemos de creer que ya no deben ni pueden ser admitidas en los Concejos de la nacion.

Dionea, al escuchar estas palabras, dirigió á Sigor una compasiva mirada, y apoyando su pequeña y blanca mano en el robusto y desnudo brazo del guerrero, que se estremeció con su contacto, le dijo con dulce acento :

—No desprecies, no, el influjo de la mujer, ni te opongas á que se ejerza en la asamblea pública, porque esa es la razon de que haya llegado á ser más eficaz y terrible, y esa tambien es la causa de que no esté puesto al servicio de la virtud. Á medida que los galos han ido separando á sus mujeres de las deliberaciones de las asambleas, han contribuido á extinguir en ellas y en sus almas el amor á la patria y el interes de las conveniencias nacionales: circunscritas á la condicion de esposas sumisas y esclavizadas, se han creado las necesidades que nacen del aislamiento y de las cadenas. No te extrañe, pues, si esas mujeres, careciendo del estímulo de la gloria y de la consideracion pública, se aficionan á los placeres: á falta de aquellos goces del alma, y abrumadas por los des-

denes y por la tiranía, necesitan buscar otras alegrías.

—¿Y por qué,— le objetó Sigor,— tú, que todavía estás aún más separada que Cesonia de las asambleas y de las deliberaciones sobre los intereses del pueblo, no tienes los mismos sentimientos que tu dueña?

— Porque la mayor necesidad y el principal objeto de un esclavo no es la dicha: es la libertad.

Mientras que tenían lugar estas escenas en casa de Manobal, conversaba éste con Léntulo sobre el mismo asunto, aunque en términos más explícitos y determinados, como acontece entre personas que se conocen recíprocamente lo bastante para desenmascararse y no emplear los fingimientos con que ocultan á los demas su verdadero carácter, intenciones y manera de ser.

—Y bien, Manobal,—decía Léntulo,— ¿cuáles son esas desagradables noticias que traes de Tolosa? ¿No quieren aceptar tus compatriotas la noble proteccion de Roma, y alimentan todavía la necia credulidad de que vuelva á levantarse la fortuna de vuestro vencido rey Bituit (1)?

(1) La primera colonia transalpina de los romanos la estableció Sexto Calvino, fundando la ciudad de Aix, á la cual puso su nombre (*Aquæ-Sextæ*), al norte de Marsella. A Calvino sucedió en el mando Domitio, y á éste el

—No es ésa, por cierto, una necia credulidad, sino una amada esperanza. Y convéncete, Léntulo, de una verdad muy importante: los galos no aceptarán voluntariamente ninguna dominacion extranjera, y yo mismo sería el primero que excitaria el valor de mis compatriotas, si creyera, y si pudiese esperar, que sus unidos esfuerzos habian de libertar la patria; pero nuestros aliados de Marsella os han franqueado las puertas de la Galia, y hemos aprendido así que tanto puede conquistarse un país por medio de la astucia y de las artes como por la fuerza de las armas.

—Olvidas, Manobal, que la enseñanza

cónsul Fabio, nieto de Pablo-Emilio. Habiendo atacado los romanos á los allobroges cerca de Aviñon, fueron éstos derrotados en la batalla que libraron en Vindalia (Vedéne), aldea situada en la confluencia del Sorgue y el Ródano. Bituit, poderoso rey de los auvernios ó auvernatos, acudió en auxilio de los allobroges, y con el intento de expulsar á los romanos de las Galias. Con doscientos mil guerreros pasó el Ródano; pero esta multitud de hombres sólo sirvió para que fuese más grande la carnicería que en ellos hicieron los romanos, y para dar más importancia á la gloria del vencedor Fabio. Despues de la batalla que tuvo lugar á orillas del Isère, y cuando se retiraban las tropas de Bituit, fué éste citado á una conferencia por Fabio, que se apoderó traidoramente de su persona, y lo llevó prisionero á Italia, con su hijo Congeniató, niño aún, el cual se educó en Roma, y fué más tarde repuesto en el trono de su padre para servir los intereses del Senado, siendo uno de los más fieles aliados de los romanos, y contribuyendo al dominio de éstos en las Gálias. (N. del T.)

de semejante sistema no ha venido de los romanos á los galos , sino que , por el contrario , ha ido de los galos á los romanos. Vosotros nos avisasteis que era conveniente y necesario comprar á los marseleses para que nos abriesen el camino de la Galia , el dia que vosotros mismos os vendisteis á Aníbal , franqueándole el paso para Italia (1). Pero dejemos en este momento

(1) En efecto, algunos pueblos del mediodía de la Galia, propiamente dicha, pueden ser acusados, no sólo de haber franqueado el paso de Italia á las huestes de Aníbal, sino de haberlas conducido y guiado hasta los desfiladeros de los Alpes, como lo hizo el rey de los Allobroges (los habitantes del Delfinado y de la Saboya). Pero no es ménos cierto que cuando esto tuvo lugar, ya los romanos habian aceptado alianza con los griegos de Marsella, y habian desembarcado sus legiones por aquel puerto al mando de P. Corn. Scipion, despues que este cónsul y su colega Marcello habian despojado á los galos de la posesion de Milan, estableciendo ademas dos colonias, aquende y allende el Po, la una en Cremona y la otra en Plasencia. El intento de los romanos era detener la marcha de Anibal, oponiendo á éste el ejército de los Volcos, pueblo galo que habitaba las orillas del Ródano, para caer luégo ellos mismos sobre las tropas del Cartaginés; pero éste, habiendo derrotado y deshecho á los Volcos, pasó precipitadamente aquel rio, evitó el encuentro de las legiones de Scipion, llegó al Saona, y desapareció por los desfiladeros de los Alpes, sin que hasta ahora hayan podido fijar los historiadores los sitios de esas montañas que atravesó Anibal para penetrar en Italia. Lo cierto es que despues de una penosa marcha de quince dias descendió por la Insubria, en tanto que P. Corn. Scipion, considerando imposible darle alcance á traves de la Galia y los Alpes, se habia reembarcado, y atravesando la Liguria fué á esperarle en las orillas del Tesino, rio que separa el Piamonte de la Lombardia, y que es tributario del Po. Alarmada Roma, ordena al cón-

inútiles discusiones, y dime ahora qué noticias son éstas que me has anunciado.

— Lo primero que tengo que decirte es que la guarnición romana de Tolosa ha sido detenida en calidad de prisionera.

Léntulo palideció de coraje al escuchar semejante nueva, y con forzada y sardónica sonrisa exclamó interrumpiendo á Manobal :

— ¿Es ésta una prueba de la buena fe de los galos y de su ignorancia en las artes de los tratados secretos? ¿Qué es lo que os han prometido los cimbrios para induciros á tal determinacion? ¿Qué parte os está

— sul Tiberio Sempronio que se sitúe con sus legiones en las márgenes del Trevia ó Trevi, otro rio tributario tambien del Po. Anibal vence á Scipion, que debió la vida al auxilio personal y al valeroso arrojo de su hijo P. Corn. Scipion, el Africano; vence tambien al temerario Sempronio, y, cual torrente sin freno, penetra por los Apeninos en la Etruria, encuentra á Flaminio cerca del poético lago Trasimeno, dispersa las tropas de éste, degollando más de cuatro mil romanos, y se dispone á caminar sobre Roma, que por esta vez se estremeció de espanto y de terror. Pero Roma era una nacion que estaba en el apogeo de su poder y en la plenitud de sus fuerzas. Aquellos desastres no quebrantau su energia; á un tiempo mismo pelean sus ejércitos en la Cerdeña, en la Italia, en España, en Macedonia, en Siracusa, en Sicilia y en Grecia; detiene á Anibal en el Brucio, é invade el Africa. A su vez Cartago, la rival de Roma, es presa del terror, y llama en su auxilio á Anibal, que llega con sus tropas á Zama, donde encuéntrase con P. Corn. Scipion, que tomó cumplida venganza de la derrota de su padre en el Tesino, arrasando y destruyendo á Cartago á sangre y fuego, y dejando cumplido aquel fatídico clamor de Caton: *Delenda est Carthago!* (N. del T.)

señalada del botin y de las riquezas que ellos esperan arrebatarnos?

—Ya te lo he dicho y te lo repito, Léntulo; el ódio y la aversion á la dominacion de Roma ha sido el móvil principal que ha presidido en la determinacion de los magistrados de Tolosa.

—¿Y prefieren á la de Roma la dominacion de esos bárbaros?

—La dominacion de los cimbrios no es temible, porque no puede ser duradera: será tal vez un torrente, cuya impetuosidad nos traerá por algun tiempo la devastacion y las ruinas; pero ese torrente pasará por la misma fuerza de su ímpetu, miéntras que la accion lenta y perseverante de Roma será interminable y lo absorberia todo.

—¿Y crees tú que Roma no sea bastante fuerte y poderosa para dispersar esas falanges, en las cuales poneis toda vuestra esperanza?

—Para dispersar sólo á los cimbrios no dudo que sea sobradamente fuerte; pero no para vencer á esos mismos cimbrios, si llegan á unirse con los galos de todos los países, cansados ya de las invasiones que les hacen los romanos por todas las comarcas donde se encuentran establecidos.

—¿Y cómo han constituido ellos su poder y su dominio en todos los lugares don-

de los encontramos? ¿No ha sido por la fuerza de sus armas y por la ley del vencedor? ¿Por qué, pues, no hemos de poder invocar nosotros ese mismo derecho para posesionarnos hoy de los países que ellos conquistaron ayer?

— Tienes razon, Léntulo; y puesto que el derecho de la fuerza es el verdadero derecho de los pueblos, has de convenir conmigo en que lo mismo pueden servirse de él para el ataque como para la defensa, y que, por consiguiente, no es un acto de púnica fe en los de Tolosa el procurar la disminucion de las fuerzas enemigas, por si esto puede acaso facilitar y acelerar la victoria de sus aliados.

— ¡Sus aliados! ¡Cómo! ¿Ya son sus aliados? Bueno es saberlo, porque será muy justo que participen de igual suerte todos los pueblos que combaten en defensa de la misma causa. Ahora bien: ¿sabes que los cimbríos han sido vencidos por Cassio Longino y Calpurnio Pison, generales de las legiones romanas?

— Lo que sé, — respondió Manobal, — es que Longino y Pison han sucumbido en una batalla, y que Papilio, teniente de Pison (1), se ha visto obligado á solicitar ar-

(1) Mr. Soulié ha padecido aquí un error de fechas ó de nombres. Los cimbríos fueron una horda de bárbaros,

reglo con los cimbrios, dándoles entre tanto rehenes.

Léntulo quedó sorprendido, no precisamente de la noticia, sino de que Manobal estuviese tan exactamente informado; y despues de un momento de silencio, en que procuró ocultar su turbacion, dijo:

—¿Y qué habeis decidido en Tolosa?

—Creo haberte dicho,—respondió Manobal,—lo que habia resuelto la asamblea de los magistrados.

—No es eso lo que te pregunto: lo que deseo saber es lo que ha decidido Manobal.

habitantes de la Jutlandia, que abandonaron su país y su patria en busca de otro clima más benigno y de otro suelo más fértil; y que al descender sobre las Galias arrastraron consigo á los Teutones y á los Tigurinos, pueblos tambien bárbaros que habitaban respectivamente en las orillas del Báltico y en la Helvecia, formando en conjunto un ejército de más de 300.000 hombres. Este movimiento tuvo lugar á mediados del siglo VII de la fundacion de Roma, esto es, más de cien años ántes de la venida de Jesucristo. Roma quiso oponerse á la invasion de la Italia y á la de las Galias; pero los Cimbrios vencieron al cónsul Papirio Cabon en las cercanías de Aquilea y al cónsul Silano en la Narbonesa el año 108 ántes de Jesucristo. Los cónsules que sucedieron á Silano fueron *Aurelio Scauro* y *Cassio Longino*, ambos vencidos tambien por aquellos bárbaros, peteciendo el último en una emboscada que le prepararon los Tigurios, como lo dice C. Plinio y su lugarteniente *Papilio*, hombre sin valor y sin talento, mancilló el honor de Roma entregando rehenes, y dejando que se reprodujera la humillante escena de las *Horcas Caudinas*. El cónsul Cepion obtuvo algunas pequeñas ventajas sobre los Cimbrios; pero no reinando buena armonía entre aquel General y el cónsul Manlio, y dominados ambos por el deseo de quitarse re-

—Hace algunos dias que sin vacilacion alguna hubiera yo contestado á esa pregunta de Léntulo, porque entónces aún no habia hablado Sigor al Consejo de los Magistrados, ni nos habia hecho las proposiciones que por su conducto nos dirigen nuestros hermanos de todos los países, ni habíanse decidido los cimbrios á unirse con nosotros para precipitarnos todos sobre la Italia; pues no ignoras que esas tribus, como otras muchas, tienen nuestro mismo origen y son descendientes de aquellos galos que despues de haber sometido la Germania y la Francia, subyugaron la Scitia (1).

ciprocamente la gloria de los hechos, fueron atacados y batidos, Manlio por los Galos y Cepion por los Cimbrios, quedando más de cien mil romanos sobre el campo de batalla, y siendo considerado en Roma este desastre de igual modo que lo fué el de Allia, en que los galos la hicieron temblar más de cerca. Después de esto se dividieron los ejércitos vencedores: los Teutones asolaban el mediodía de la Galia, y los Cimbrios se encaminaron á Italia; pero Mario, el feroz Mario, venció á aquéllos en las inmediaciones de Aix, y repasando los Alpes alcanzó á los Cimbrios en la llanura de Vercelli, causándoles 120.000 muertos, y haciéndoles más de 60.000 prisioneros el año 101 ántes de la Era Cristiana. Queda, pues, explicado que los generales romanos vencidos por los Cimbrios ántes de la derrota de Cepion, fueron Scauro y Cassio Longino, y que el lugarteniente que cita Soulié lo era de este último, y no de Lucio Calpurnio Pison, pues se sabe que éste vivió sesenta años despues, que fué Cónsul, Gobernador de Macedonia, Censor y gran enemigo de Marco T. Ciceron, sin que veamos figurar su nombre en las expediciones de las Galias.

(N. del T.)

(1) La Rusia europea.

Léntulo no respondió; pero murmuró entre dientes contra los galos las mismas frases que Sigor había murmurado ántes contra los romanos.

—¡Por todas partes!—decía—¡Los encontramos por todas partes!

Después, dirigiéndose á Manobal, continuó:

—Pero aunque tengais igual origen, no teneis ya las mismas costumbres, ni la misma religion; y los cimbrios son tan diferentes y tan extranjeros para los galos, de quienes descienden, como éstos lo son respecto á los romanos, sus eternos enemigos.

—Así es, en efecto,—replicó Manobal,—y no sería yo ciertamente quien pondría obstáculos á una verdadera alianza con Roma, si se hiciera bajo la base de condiciones aceptables.

—Lo creo fácil,—se apresuró á decir Léntulo,—y yo podría conducirte secretamente al campamento de Cepion, nuestro nuevo general, con quien deberíais conferenciar para establecer los arreglos que fueran convenientes.

—No consiste en eso la dificultad,—objetó Manobal,—sino en conseguir que la ciudad de Tolosa aceptára los tratados de esa alianza; pero por muy grande que allí sea mi poder y mi influencia, no tengo es-

peranza alguna de obtener buen éxito si la voz de Sigor se pronuncia contra la mia.

—¿Y de qué medios se ha valido ese extranjero para adquirir entre vosotros tanto prestigio?

—Excitando en los galos esas innatas pasiones que dominarán eternamente en sus espíritus, á pesar de todos los desastres y reveses que puedan sufrir; hablándoles de la libertad y de la independenciam de la patria como del bien más preciado de los pueblos, y presentándoles, en fin, la guerra y las conquistas como las únicas ocupaciones dignas de su raza y de sus antecedentes. Tú, que no ignoras, Léntulo, la historia de nuestro pueblo, debes comprender cuán fácilmente habrá podido Sigor levantar los ánimos en la Asamblea, evocando los gloriosos recuerdos de los antiguos galos. Y no sólo les ha hecho comprender la ignominia y la afrenta de la posición en que actualmente se encuentran, sino que ha encendido en sus rostros el rubor y en sus corazones el coraje, y ha vuelto á inspirar en sus almas la confianza de su propio valor y la justicia de su causa. ¡Ah! Lo que les falta á los galos no son hombres, ni armas, sino un caudillo. Si los abandonamos, ese caudillo será seguramente el mismo Sigor.

—¿Y no habria ningun medio que hicie-

ra enmudecer esa voz tan influyente y tan poderosa?

—No encuentro ninguno.

—Pues qué, ¿no habita ese hombre en la casa de Manobal, y la casa de Manobal no está situada en un lugar desierto, lejos de toda otra morada?

—Ciertamente que así es,—respondió el galo;—pero Sigor es el huésped de Manobal, y tú no ignoras tampoco que si nuestras leyes castigan sólo con el destierro el homicidio de un compatriota, imponen la pena de muerte al asesino del huésped extranjero.

—¿Y no podría desaparecer ese hombre sin que jamás se supiese cuál había sido su paradero?

—¡Ah! Pero la ciudad de Tolosa tiene conocimiento de que Sigor se ha constituido como huésped de Manobal, y Manobal tiene que responder de él vivo ó muerto: no pienses, pues, en cierta clase de medios.

—¿Y no se te ocurre ningun otro?

Manobal guardó silencio y parecía como preocupado. Lo estaba, en efecto, y no sólo meditaba sobre los medios que podrían emplearse para conseguir lo propuesto por Léntulo, sino que calculaba la manera de presentar y dar forma al que ya tenía proyectado. Diferentes veces dirigió penetran

tes miradas de estudio sobre la fisonomía de Léntulo, sin decidirse á hablar, como aquel que en la oscuridad de la noche camina por terreno desconocido y peligroso, explorando á tientas, con vacilante pié, ántes de afirmar el paso, y avanzar sobre seguro. La expresion del semblante del romano ofreció poca confianza á Manobal: el rostro de Léntulo manifestaba los signos de la duda, de la incredulidad y de la prevencion de un hombre que teme ser víctima del engaño. En su consecuencia, Manobal empezó por enumerar y presentar todos aquellos medios cuya realizacion le constaba que era impracticable; en vez de abordar la explicacion de los que deseaba proponer á su cómplice :

—Sigor,—dijo,—no es hombre á quien se puede reducir por el temor ni por las amenazas.

—Así lo creo,—afirmó Léntulo.

—Tampoco es hombre á quien se pueda seducir con el oro.

—Soy de tu misma opinion.

—Sin embargo, Sigor no puede ser insensible á toda clase de seducciones. Viajando y visitando diversidad de países para el desempeño de la mision que le ha sido confiada, ha debido ver otros lugares más amenos y más deliciosos que sus bosques y que sus selvas; ha podido contem-

plar otras riquezas incomparablemente mayores y más positivas que las de sus rebaños, y comprenderá otros goces y otros placeres bastante más variados y seductores que los de la caza. Así, pues, ese hombre no puede ser ya indiferente á esos atractivos, y ha de preferir, sin duda, las comodidades de una dulce existencia mejor que la vida salvaje á que está condenado á volver. Y si una voz que pudiera proclamar, sin mengua, los deleites de una ociosa voluptuosidad; si la voz de una mujer, por ejemplo, le excitase á meditar sobre esto, me imagino que muy luego habia de abandonar Sigor sus proyectos.

—¿Y es por eso por lo que le has dejado en compañía de tu hija Cesonia, esperando que sea su voz la que seduzca á ese bárbaro?

—Manobal ha prometido que su hija será la esposa de Léntulo, y sea cual fuere el poder que aquélla ejerza en el corazón de Sigor, y cualquiera que sea la resolución que éste adopte inspirado por su amor, Manobal no faltará á la fe de su promesa y de sus compromisos.

—Es posible también que á Manobal le convenga que su hija procure seducir al bárbaro, en tanto que no llega á ser la esposa de un romano; pero debo advertirte que esto no es del agrado de Léntulo.

—¿Quieres decir con eso que me devuelves mi palabra?

—¿Es acaso más bien que tú desees retirarla?

Manobal pareció quedar poseído de una angustiosa incertidumbre; pero como todas sus divagaciones y los diferentes asuntos tratados en esta conferencia no tenían para él más que un objetivo, volvió sobre sus intenciones de una manera franca y resuelta, y dejando á un lado á Sigor y á su hija, y á los cimbríos, y á la ciudad de Tolosa, dijo á Léntulo con viveza:

—¿Quién es ese Cepion? ¿Es hombre con quien pueda tratarse razonablemente?

—Yo te acompañaré á su campamento, y si lo que tú le propones fuese aceptable, no dudes que lo encontrarás dispuesto á entenderse contigo. En cuanto á Sigor, te diré que el medio que has indicado para separarlo de sus proyectos es aún más fácil y seguro de lo que tú mismo has podido suponer; pero otra, que no Cesonia, conseguirá ese objeto y realizará nuestros planes: déjalo á mi cuidado, que yo respondo del éxito. Mañana vendré á buscarte para ir al campamento de Cepion; procura encontrar una excusa, un pretexto cualquiera para que Sigor consienta en permanecer un día más en tu casa, y aunque tu ausencia se prolongase más de ese día, yo

te aseguro que no se preocupará de ello.

Después de esta conferencia, Manobal y Léntulo se despidieron y se separaron.

III.

En la mañana del siguiente día, Léntulo se dirigió bien temprano á la morada de Manobal; pero en vez de presentarse á éste ó á su hija Cesonia, procuró ántes avistarse con Dionea, en lugar apartado y solitario, celebrando con la esclava una importante y animada conferencia, durante la cual se vió precisado á emplear sucesivamente las más humillantes súplicas ó las más insolentes amenazas.

Pocos momentos después se separaba Dionea del romano profundamente agitada, demostrando una visible alteracion en su semblante, donde al par se manifestaba la animacion de una intensa dicha, y se dibujaba el abatimiento extremo de la desesperacion y de la desventura.

Aquel mismo día Léntulo fué portador de los dijes y joyas que habia ofrecido la víspera á Cesonia, entregando á ésta un precioso collar de pequeñas medallas de plata, unidas entre sí con argollitas de oro, como los que usaban por entónces las mujeres romanas; un lindo espejo de pulido acero; un alfiler de oro para sujetar los

cabellos, rematado por una diminuta estatua de Mercurio, admirablemente cincelada, y unos preciosos y artísticos pendientes del mismo metal, que figuraban dos águilas llevando cada una de ellas un niño en sus garras, completaban aquel delicado presente, que constituia por su valor y por su significacion bastante más de lo que se necesitaba para afianzar el amor y la fidelidad de Cesonia durante la ausencia de su padre y de su amante. Así fué que la jóven vió partir á ambos con los ojos arrasados en lágrimas, y tal vez hubieran parecido exageradas las instancias é insistentes los ruegos que empleó para que apresurasen su regreso, y un tanto ajenos al pudor de una mujer si, aunque con la vista fija en los ojos de Léntulo, no hubiera dirigido aquellas súplicas á su padre.

Sigor quiso tambien marcharse aquel mismo dia; pero Manobal, con acento misterioso y aparentando reserva, le disuadió de aquel propósito, dejándole entender que si él acompañaba á Léntulo era por acuerdo secreto de los magistrados de Tolosa, para mejor conocer la verdadera posicion de los romanos y la importancia verdadera de sus fuerzas, y que por lo tanto, esperaba encontrarlo en su casa despues del cumplimiento de aquel deber, á fin de adoptar luego la resolucion que se creyera

más conveniente, en vista del resultado de su interesante misión. Tal vez Sigor no se hubiera dejado engañar con las protestas y afirmaciones de Manobal, si la penetrante inteligencia de Léntulo no hubiera observado en el rostro del guerrero su incertidumbre y sus recelos; por lo cual, á una indicación hecha con los ojos á Dionea, se aproximó ésta al galo diciéndole con dulce acento:

— Estoy á tu obediencia para satisfacer tus deseos y guiarte á visitar esos colosales monumentos de piedra de que te he hablado y que tú opinas deben ser los antiguos altares del dios á quien se rendía culto en estas comarcas.

Mientras Sigor se volvió para atender á Dionea, y en tanto que se disponía á contestarle, Manobal y Léntulo montaron sobre un carro y se alejaron al galope de sus caballos, envueltos en una densa nube de polvo: Cesonia desapareció para ir á engalanarse con los regalos del romano, y quedaron solos la esclava y Sigor.

Hasta aquel momento el bárbaro y la griega se habían encontrado diferentes veces y por más que desde la primera vez no hubiese trascurrido sino un solo día, ya existía entre ambos esa mutua confianza que se inspiran recíprocamente dos almas que se comprenden y que

se apartan de una íntima sociedad con los demas seres que le son del todo refractarios.

No obstante, por un singular contraste, pudo observarse que la expansion de esa confianza cesó súbitamente, al ménos por parte de Dionea, desde el instante que se alejó Léntulo; y en vez de continuar hablando á Sigor con la familiaridad y dulzura que lo habia hecho hacía un momento delante de los demas, le dijo ahora bajando la frente y con voz alterada:

— Si quieres seguirme, la esclava de tu huésped está pronta para guiarte á los lugares que desees conocer.

Y sin esperar la contestacion de Sigor, empezó á caminar delante de él enjugando furtivamente algunas lágrimas que deramaban sus ojos.

El guerrero la siguió silencioso durante un largo rato, sin turbar el dolor de la griega, pero al pasar por un profundo barranco, bajo la salvaje y espesa bóveda de seculares y frondosos árboles, Sigor se aproximó á Dionea diciéndola:

— ¿Qué te ha dicho ese romano, esclava de Manobal? ¿Tiene Léntulo el derecho de imponerse á tus sentimientos? ¿La palabra de ese hombre es acaso la fuente de tus dolores ó de tus alegrías?

— Las palabras de Léntulo no podrian

darme la dicha jamas; pero tienen el triste privilegio de atormentarme. En cuanto á las imposiciones que haya intentado hacerme las desprecio desde lo más íntimo de mi alma, cómo le desprecio á él: si el amo y señor, por ser el más fuerte, se cree con el derecho de imponer su voluntad, el esclavo, á quien la muerte no puede causarle espanto ni temor, tiene siempre tambien la libertad de sus intenciones y alguna vez el poder de la desobediencia.

— Dime, Dionea, cuáles sean esas imposiciones: dime hasta qué extremo debo odiar desde hoy, por afecto á tí, á ese hombre, á quien odio desde ántes de conocerlo, por amor á mi patria: dime á qué cruel suplicio debo someter á ese romano, á quien no habia jurado todavía más que la muerte.

Al pronunciar esas frases, tenía el semblante de Sigor tal expresion y tal sello de ferocidad, que la misma Dionea quedó aterrada de espanto, miéntras su vehemente mirada expresaba al par íntimo gozo, tierno sentimiento de gratitud y atemorizada admiracion por la terrible proteccion que en aquellas formas se le ofrecia.

Reinaron algunos intervalos de silencio, y al cabo de ellos dijo Dionea.

— Tal vez te revele dentro de poco cuáles son las prevenciones que se me han

hecho por parte de Léntulo: en este momento no puedo ni quiero decírtelas; pero si despues que hayamos visitado esos druidicos altares de la selva insistes en quererlas saber, yo te las confiaré con entera franqueza. Entónces tú consultarás á tus dioses y yo te diré tambien mis propósitos: entónces, y sólo entónces, resolveré á mi vez si debo resistir ú obedecer: entónces sabré, por último, si he de vivir ó si he de morir.

Dionea emprendió de nuevo su marcha resueltamente y Sigor la siguió:

Bien pronto llegaron á los linderos de la selva, y tan luégo como penetraron en ella, escucharon un gran rumor producido por una reunion de cazadores que se llamaban unos á otros con los repetidos ecos de unas bocinas de cuernos que llevaban pendientes de la cintura. No era posible evitar el encuentro de aquellos hombres; porque el punto de reunion y el sitio á donde acudian era precisamente el sendero que conducia al lugar en que se hallaban los monumentos que Sigor queria visitar. Cuando el guerrero y la esclava se fueron aproximando, observaron que aquellas gentes habian formado un gran círculo, en cuyo centro se encontraba un sacerdote. Aunque entónces ya los galos tuviesen templos consagrados á Diana de Efeso,

bajo la advocacion de Artémida (1), tenían además una divinidad particular protectora de la caza, y á esta deidad era á la que invocaban en aquella ocasion. El sacerdote fué presentando á cada uno de los cazadores una gran bolsa, donde fueron depositando una cantidad de monedas igual al número de piezas que respectivamente habian matado durante todo el año. Al terminar esta ceremonia separáronse y comenzaron á cazar en todas direcciones, ménos en la parte de la selva á donde se dirigian Dionea y Sigor. Estos continuaron su camino penetrando, por senderos escabrosísimos, en lo más agreste del monte que parecia un desierto abandonado.

— ¿Podrás decirme, — preguntó Sigor á la jóven, — por qué siendo indudablemente esta parte del bosque más fecunda en caza, huyen de aquí, al parecer, esos hombres?

— Tal vez seas tú quien puedas expli-

(1) Diana era la diosa que presidia la caza y fueron los mismos griegos quienes la llamaron Artémida. El principal templo dedicado al culto de esta deidad estaba en Efeso, ciudad de la Jonia del Asia Menor, célebre por sus monumentos. Un fanático nombrado Erostrato lo incendió la noche que nació Alejandro; pero aún se conservan sus ruinas. Se representaba á Diana bajo la figura de una mujer hermosa, con el túnico formando pabellon sobre el muslo derecho, la luna en la cabeza, la aljaba al hombro, el arco y la flecha en la mano y un perro al lado. (N. del T.)

cármelo, — respondió Dionea, — cuando hayas examinado ciertas cosas notables y dignas de atención que existen hácia esta parte de la selva.

Y en efecto, bien pronto llegaron á un lugar donde se levantaba un número considerable de promontorios, en forma de pirámides, entre los cuales habia algunos que no median ménos de doscientos piés.

— Ahora comprendo, — exclamó Sigor, — cual sea el sentimiento que aleja á los galos de estos lugares venerandos, cuya contemplacion les recordaria la antigua existencia de santas virtudes que han olvidado. Dionea, éstos son los sepulcros que se erigian á la memoria de las mujeres que siguieron voluntariamente á sus esposos más allá de la vida. En otros tiempos era conceptuada muy desfavorablemente la viuda que se daba segundo marido despues de la muerte del primero; y por el contrario, conquistaba honra eterna la que acompañaba á su esposo, haciéndose enterrar viva en su misma sepultura. A las mujeres de una virtud tan extraordinaria se les alzaban majestuosas tumbas.

— En efecto, — dijo Dionea, — no solamente lo considero justo, sino poéticamente bello y sublime el morir por aquel que vivió para el amor de su esposa, si ésta lo eligió y se dió á él con la completa libertad

de sus sentimientos; pero cuando la voluntad de un padre, la necesidad ó la fuerza ponen á una mujer en poder de un hombre á quien tal vez detesta, ¿le deberá tambien el sacrificio de su vida la que le ha sacrificado ya su felicidad?

— Es que aquí en otros tiempos las hijas de los galos no tomaban por esposo sino al hombre de su eleccion. Cuando se las consideraba en edad conveniente para el matrimonio, sus mismos padres reunian bajo el techo de su morada á todos los jóvenes que se habian declarado pretendientes de sus hijas, invitándolos á un festin; y allí, en presencia de todos, aquéllas hacian pública y libremente su eleccion, extinguiéndose así toda esperanza en los corazones de los que no habian sido preferidos, puesto que tenian la seguridad de que no eran amados.

— Y aquellas jóvenes, — observó Dionea dirigiendo á Sigor una expresiva mirada, — al hacer así de su amor tan atrevida declaracion ¿encontraban palabras para expresarlo?

Entregado Sigor á los recuerdos de las costumbres que le traian á la memoria las venerandas de su país, no pudo comprender ni la pregunta ni la mirada de Dionea, y respondió con sencillez:

— No; bastaba que la joven llenase de

agua ó de vino una copa y la presentase al que merecia su preferencia. Pero todas aquellas costumbres van perdiéndose poco á poco; y al desaparecer cada una de ellas, tienen forzosamente que desaparecer tambien sus naturales consecuencias. El dia en que dejó de respetarse la libre eleccion del esposo, quedó virtualmente abolida la ley que castigaba el adulterio con la muerte. Y como tú decias muy discretamente hace un instante, no podia exigirse á la mujer, con fundamento de justicia, que acompañase hasta en la tumba á aquel á quien no habia voluntariamente acompañado en la vida.

Despues de una breve detencion en aquellos lugares, caminaron todavía más de una hora hasta llegar al cauce de un profundo torrente, seco á la sazón, en cuyo lecho se detuvieron nuevamente para contemplar unas piedras enormes que eran dignas de atencion; preguntando Dionea á Sigor el significado de los singulares y extraños signos que se veian grabados en algunas de ellas,

— Yo no puedo explicarte, — dijo Sigor, — ni me es dado interpretar lo que quieren decir esos signos, porque ése es uno de los secretos de nuestros druidas, guardado religiosamente por ellos en las selvas que habitaban, y perdido y muerto tambien

con ellos en ésta donde nos encontramos.

— ¡¡ No!! — exclamó una voz grave y solemne que se dejó oír cerca del galo y de la esclava. — Ese misterioso secreto no ha muerto aún aquí!

Sigor y Dionea volvieron la vista del lado de donde partía aquella voz, y descubrieron en lo más profundo del cauce á un anciano que estaba sentado al pié de uno de aquellos monumentos, en solitaria contemplacion, sin más ropaje que una harapienta túnica talar, cuyos rotos y jirones dejaban examinar sus descarnados y enflaquecidos miembros, debilitados por la edad y por la miseria.

Al aproximarse á él los dos jóvenes, se incorporó aquel espectro animado y se dirigió á una de las grandes losas que tenía más cercana, señalando con el dedo índice de su huesosa mano la inscripcion que allí se veía grabada, y añadió leyendo:

— *Aquí está el secreto de la vida humana.* Sobre esta otra se ve escrito: *La vida es breve, y el tiempo no es largo sino despues de la muerte.* En aquella de más allá se ha dicho: *Goza y vén.* Todos estos son sepulcros; lo único que sobrevive á nuestras antiguas leyes y costumbres ¡oh jóvenes! son las tumbas de nuestros padres.

— ¿Quién eres, pues, — exclamó Sigor, — tú, que has podido conservar tan preciosa

ciencia á través de los siglos destructores, de las antiguas leyes de nuestra patria?

—Soy el último sucesor de los que, dispersos y errantes hoy por la tiranía de nuestros reyes y por la apostasía de los pueblos, recibieron de nuestros antepasados el depósito sagrado de su santa doctrina y la enseñanza de la religion del gran Teutates. Hace ya mucho tiempo que todavía vinieron algunos á conservar en estas montañas aquel sagrado culto; pero despues que ellos han muerto me he encontrado solo para recoger la herencia que habian recibido y custodiado. ¡Ay de mí! En medio de esa loca juventud que rinde culto á otros dioses y practica una nueva religion, protegida por la negligencia, ó más bien por la ambicion de nuestros jefes, no he podido encontrar oidos que quisieran escucharme, ni inteligencias que pudieran comprenderme. Largo tiempo esperé; mas en vano. Antes que las fuerzas y la vida me abandonasen por completo, quise venir en busca de los que no fueron á buscarme: he abandonado la montaña donde habito, y he caminado sin parar durante dos dias seguidos. Esto era hacer más de lo que permitia mi edad y mi débil estado: lo he conocido tarde, la fatiga y el cansancio me han dominado, y al detenerme aquí he considerado estos venerandos sitios co-

mo el término de mi peregrinacion sobre la tierra. ¡Quién sabe si esta coincidencia será uno de los inescrutables designios del cielo para que aquí muera conmigo y queden sepultados en la eterna oscuridad de mi tumba los secretos de que soy último depositario !

—¿No me consideras digno de conocerlos?—dijo Sigor.

Por primera vez fijó el anciano su vista en el joven guerrero, cuyo aspecto le dejó atónito, y gritó :

—¿De dónde vienes? ¿Quién eres tú que así traes á mi memoria la fiel imágen de nuestros antiguos guerreros, tal como se ven representados en las piedras de nuestros altares y de nuestros monumentos?

Sigor le manifestó sucintamente que era el descendiente de uno de aquellos celtas que habian abandonado el suelo de la patria hacia ya cerca de cinco siglos, y que habian conservado en el retiro de la selva Hercinia la religion, las leyes y las costumbres que ántes se practicaban en el país de los Tectósagos.

El anciano, al escuchar el relato de Sigor, quedó admirado, preguntando al joven guerrero cuáles eran esa religion, esas leyes y esas costumbres; y cuando aquel se las explicó segun se ha ensayado de darlas á conocer en el primer tomo de esta

obra, movió lentamente la cabeza y exclamó:

— ¡Ah! Bien lo veo, bien lo conozco: nuestros descendientes no son tan culpables como lo somos nosotros, ni nosotros mismos lo somos tanto como los que nos han precedido. Hemos caminado lentamente, sí, pero sin cesar, por las vías que nos alejaban de nuestra primitiva sencillez, y que nos conducían al olvido de nuestras virtudes santas, sumiéndonos en la terrible hoguera de ese lujo devastador é infernal cuya perniciosa influencia domina hoy el sentimiento de los hombres y corrompe con sus mefíticos vapores las entrañas de la sociedad y el corazón de los pueblos. Desde aquella época hasta la presente ¡cuánta mudanza! Ya no es para ir en busca de la guerra para lo que los galos atraviesan los grandes ríos sobre sus enormes escudos: ahora construyen inmensos bajeles y los hacen caminar por sus mares con el auxilio de ligeras pieles, que recogen el soplo de los vientos para llevar á lejanas playas una parte de nuestros productos y de nuestra riqueza, regresando con otras especies y otros artículos diferentes y ántes desconocidos. Ya los hombres no se satisfacen, como en otros tiempos, con los productos de la caza del día, ni con los frutos que la naturaleza y la fertilidad de nues-

tros campos ofrecian ; sino que , de apartadas comarcas , traen aquí extrañas viandas , conservadas luégo por virtud de las sales que han aprendido á extraer de las podridas aguas del mar. Los focenses de Marsella les han enseñado el arte de fabricar el pan y los medios de acelerar la madurez de las frutas ; y en cambio esos extranjeros han aprendido aquí á montar los arados para cultivar la tierra y á purificar los granos y simientes con el auxilio de las cribas. Ademas han aprendido de nosotros la manera de fundir y modelar el vidrio , y el arte de estampar las telas con los más vivos colores , y de dar al cobre y al estaño la pulida brillantez del oro ; porque hace mucho tiempo que el lujo por demas insolente de nuestros abuelos habia desdeñado el uso de las vasijas de barro , encontrando su vanidad el medio de hacer mentir á los metales. Hace tambien ya tiempo bastante que las ligeras y sencillas vestiduras de nuestros antepasados fueron abolidas , porque dejaban examinar que los hombres carecian de vigor , de robustez y de fuerza ; fué , pues , necesario inventar y adoptar telas tan tupidas que resistiesen al filo de las espadas , y tan densas que no pudiese penetrar el frio á traves de sus espesos tejidos. Nuestros hijos hacen lo mismo que hemos hecho nosotros : han pros-

crito nuestras costumbres, como nosotros habiamos proscrito las de nuestros abuelos. El castigo es justo.

— Afortunadamente no ha sucedido eso entre los de mi país, —respondió Sigor:— todo lo que era objeto de veneracion para nuestros padres lo es aún para nosotros, y hemos conservado la sencillez de sus costumbres, y con ellas su heroico valor. Dime, pues, cuáles son esos secretos que nadie se presenta á recoger de tí, porque yo me considero digno de su depósito.

— Si lo que acabas de manifestarme es cierto, y si los antiguos y verdaderos galos se encuentran refugiados en los bosques de la Germania, ellos volverán aquí de igual manera que de aquí salieron. Yo supongo que vosotros no habréis heredado solamente las apacibles virtudes de nuestros antepasados, sino que tambien debe animaros el amor á la gloria y el espíritu conquistador de aquellos ilustres guerreros. Pues bien; si habeis fielmente conservado tan preciosa herencia, yo me atrevo á vaticinar que ése es el tesoro de la grandeza futura de nuestra patria; conservadlo, y el mundo entero volverá á encontrar en esas apartadas regiones el secreto de nuestra religion, que aquí va á morir conmigo.

— ¿Quieres, —dijo Sigor, —que te acompañemos hasta tu morada? ¿Deseas que te

guiemos á alguna ciudad donde puedas recibir cómodamente el socorro y los cuidados de los hombres?

—Es inútil,— dijo el anciano;— yo recuperaré fuerzas bastantes para regresar solo á la cabaña en que habito; pero si el gran Teutates me priva de ellas, querrá advertirme que he encontrado aquí mi última morada. Sin embargo, puedo aceptar de tí un postrero servicio: ve á lo más espeso de la selva, y procura encontrar y traerme algunas frutas silvestres; yo daré testimonio ante el tribunal celeste, adonde pronto he de comparecer, de que has socorrido á un anciano y prestado apoyo á su debilidad.

Sigor recomendó á Dionea que permaneciese al lado del viejo druida para estar á su cuidado, en tanto que él marchaba á ejecutar lo que le habia pedido, y se alejó rápidamente.

El anciano quedó sumido en profunda meditacion: Dionea, de pié cerca del sacerdote, guardó respetuoso silencio.

Hacia ya largo rato que Sigor se habia separado de aquel sitio, permaneciendo silenciosos y en la misma actitud la jóven y el anciano: poco á poco la respiracion de éste se hizo fuerte y penosa, sus miembros empezaron á agitarse con un violento temblor nervioso, y su fisonomía llegó al fin á

alterarse con marcado carácter de espanto. Atemorizada Dionea al observar tan súbito acceso, y creyendo que se apresuraban los últimos instantes de aquel hombre, le dijo con voz trémula y poseída de terror:

— ¿Qué te sucede? ¿Qué mal te aflige? ¿Quieres que llame á Sigor? ¿Deseas que vuelva á tu lado?

— No, — respondió el druida; — no es que sufro, sino que conozco la aproximacion de una tempestad: la tormenta invade el espacio, su influjo pesa sobre la atmósfera, y yo la siento avanzar sordamente.

Dionea puso atencion, y volvió la vista en todas direcciones: el cielo estaba sereno, y sólo descubrió ella señales de conmocion en el seno agitado del anciano. La jóven no pudo observar anuncio alguno de tempestad en el espacio, porque no tenía, como el druida, ese exquisito sentido de percepcion que poseen las gentes que han vivido constantemente en los bosques y en las montañas, y que les hace presentir y conocer las revoluciones atmosféricas mucho tiempo ántes que se manifiesten á la obtusa y embotada sensibilidad de los habitantes de las ciudades.

— No, — replicó Dionea; — sin duda te engañas: ninguna señal de tormenta nos

anuncia que Júpiter prepare sus terribles rayos.

Al escuchar la palabra Júpiter, se nubló el rostro del druida con siniestra expresión de ferocidad, y fijó su ardiente mirada sobre la jóven, como el chacal que contempla su presa: con la cabeza inclinada, rastreó la mirada en torno suyo para asegurarse de la soledad en que se encontraba, y extendiendo de pronto su descarnado brazo, asió á la jóven por la espalda y la dijo con apagada voz y terrible acento:

—Las hijas de los galos, por muy degeneradas que estén, no invocan jamás el nombre de Júpiter: ¡tú eres extranjera!

—He nacido en Grecia, —respondió Dionea llena de terror.

El anciano dejó percibir una maliciosa sonrisa, y exclamó:

—¿Las hijas de la Grecia se permiten la licencia de caminar solas con un galo por nuestras agrestes montañas?

—Soy esclava de la hija de Manobal, —le observó Dionea.

—¡Griega y esclava! —gritó el druida como asaltado por una súbita idea. —¡Esclava y extranjera! —repitió sujetando á Dionea con hercúlea fuerza, mientras la jóven procuraba inútilmente libertarse de la mano que la aprisionaba y de la mirada feroz que la fascinaba.

Y luego añadió con fanático acento:— El voto final del último hombre consagrado al culto del gran Teutates va á cumplirse, y el último sacrificio que se le dedique sobre esta tierra se lo ofrecerá mi mano moribunda.

Un grito de terror se apagó en la garganta de la jóven al escuchar las amenazadoras frases del viejo druida; pero no pudo escapar de la mano nerviosa que la sujetaba. Y en tanto que ella se esforzaba en vano para lograrlo, el anciano, con la frente elevada y con la mirada fija en el cielo, parecía contemplar en el firmamento un espectáculo que para nadie podia ser visible mas que para él.

— ¡Ya viene!— decia, —ya viene envuelto en las nubes y acompañado por la tormenta, para beber la sangre que hace tanto tiempo falta á sus sedientos labios. Ya avanza, extendiendo por el cielo sus inmensas y negras alas, y la abrasadora mirada de su encendida pupila alumbra el espacio con sus rayos.

En efecto, la tempestad anunciada momentos ántes por el druida se elevaba rápidamente por el horizonte desde las montañas hasta el cielo, y descendia con mayor violencia desde lo alto del cielo á lo profundo de los valles. La tormenta retumbaba en las alturas; negros nubarro-

nes habian ido encapotando la luz; los silbidos del viento hacian notar que aumentaba por grados la violencia de la tempestad, y ya empezaba la lluvia á crecer la corriente de los arroyos, que bien pronto habian de convertirse en torrentes impetuosos.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — gritaba con desesperacion la jóven esclava.

— No, no vendrá, no puede venir. Teutates lo cegará con sus rayos y le aturdirá con la tremenda voz de sus truenos: no vendrá.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — gritaba todavía Dionea, cuya penetrante voz repetia el eco de la tormenta.

— Te digo que no vendrá, porque el sacrificio es justo. ¡Hija de los dioses funestos que han proscrito á nuestros dioses, vas á morir para dar satisfaccion á nuestro culto! No importa que aquí no exista un dolman (1): el altar no hace el sacrificio, sino la victima. Silencio, pues, porque no conseguirás con tus gritos otra cosa que acelerar el instante de tu suplicio.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — repetia sin cesar

(1) Altar ó monumento céltico que levantaban los druidas para los sacrificios humanos, colocando una gran piedra plana sobre otras dos situadas perpendicularmente. (N. del T.)

Dionea en el colmo de la angustia y de la desesperacion.

Nadie respondió.

La jóven esclava hacía inútiles y supremos esfuerzos procurando libertarse, y lanzaba gritos agudos que dominaban la tormenta.

El anciano sacó del seno, donde lo tenía oculto bajo su túnico, un cuchillo corvo, semejante á una pequeña hoz, y alzándolo al cielo con la diestra, exclamó con una voz atronadora que se elevaba por encima de la tempestad como eco terrible de venganza y exterminio :

— ¡Hé aquí el momento supremo! El altar de Teutates, largo tiempo privado de la sangre de los sacrificios, va á ser obsequiado con ella una vez más : ¡ quizá la última! El dios grande va á partir sobre su esplendente carro á los lugares donde se venera su imágen y su culto ; pero el camino es largo, y será conveniente que ofrezca este abrevadero de sangre á sus sagrados corceles para que lo recorran con vigor ; aquí tienen el tibio licor y el necesario alimento, cuya abstinencia han padecido por tanto tiempo. ¡ Venid, venid, los corceles de la crin de fuego ! Aceptad el último festin que os ofrece el país de los tectósagos !

Y el druida levantó entónces el cuchillo,

suspendiéndolo sobre la garganta de Dionea, pronto á hacer brotar de ella el raudal de su sangre.

La jóven exhaló todavía un ronco grito, haciendo resonar en el espacio el nombre de Sigor, y cayó de rodillas.

¡Nadie respondió!

Pero escuchóse un agudo silbido por encima de la cabeza de Dionea. La mano que la aprisionaba se abrió convulsivamente: el cuchillo resonó sobre las losas de las tumbas con fúnebre vibración, y el viejo druida vaciló primero, como un árbol cortado de raíz, y cayó en seguida, hiriéndose la frente contra el ángulo de una gran piedra.

Dionea, sobrecogida de espanto y embargada por el terror, quedó inmóvil y muda, viendo al mismo tiempo á Sigor que acudía precipitadamente en su auxilio saltando de piedra en piedra.

El guerrero, que habia escuchado las desesperadas voces de la jóven, regresaba apresuradamente, porque presumia que algo grave ocurría; pero no podia siquiera imaginarse la inminencia del peligro que amenazaba á la esclava. Al llegar al borde del torrente dirigió rápidamente la vista al sitio donde se encontraban el druida y la griega, y al observar la actitud del sacerdote, viendo brillar en su mano el

acero de su cuchillo, comprendió instantáneamente la extrema situación de aquel drama. Dionea estaba de espaldas, luchando por desprenderse de las garras que la aprisionaban, y con su cuerpo cubría por completo la figura del anciano; pero aprovechando el fatal momento en que la joven, al caer de rodillas, dejaba en descubierto el pecho del druida, disparó contra éste su dardo, que silbó rozando los cabellos de la esclava, y fué á clavarse en aquel pecho descarnado, hiriendo mortalmente al sacerdote.

Tan pronto como Dionea vió á Sigor, corrió trémula y desatentada á echarse en los brazos del galo, en tanto que el viejo druida, tendido sobre la piedra de una tumba, exhalaba sus últimos suspiros roncocos, ahogados y estertóreos por la espumante sangre que se agolpaba á su garganta. Sigor se acercó á él para quitarle del pecho el arma con que lo había herido; pero el anciano lo rechazó con un supremo y último esfuerzo, exclamando con voz débil y apagada:

— ¡No! ¡No!..... deja este hierro clavado en mi pecho; con él quiero comparecer ante el trono del gran Teutates, para que pueda ver cómo ha sido asesinado su último sacerdote con el arma que su divino poder había confiado á los galos para con-

quitar el mundo : yo le diré además que un galo libre ha sido quien ha cometido este crimen sacrilego y horrendo , por querer proteger y salvar á una esclava extranjera..... ¡Un galo libre , asesino y verdugo de su religion , por una esclava griega!

Tan tremendo anatema causó terrible sensacion en el ánimo de Sigor , que aún sostenia en sus brazos á Dionea.

Profundamente afectado ante el terror y la acusacion de su propia conciencia , quedó abatido y sin fuerzas para retener á la jóven , abandonándola del mismo modo que lo habia hecho ántes el anciano en el momento de sentirse herido. Lanzóle la esclava una mirada impregnada con una mezcla de amargura y desesperacion ; pero Sigor procuró evitar la influencia de aquellos ojos , apartando los suyos y volviendo el rostro. Al verse Dionea abandonada así , y considerándose convertida en objeto de horror para aquel hombre , experimentó lo que no habia experimentado al oír sobre su frente las tremendas amenazas del druida , ni al ver suspendido el acero de éste sobre su garganta : una palidez mortal cubrió su semblante ; el valor y las fuerzas le faltaron ; vaciló un momento , y desplomándose como herida del rayo , fué á caer desvanecida y exánime á los piés

del guerrero, que permaneció insensible, frío é inmóvil, embargado por el espanto, y meditando la magnitud del sacrilego atentado que acababa de cometer.

Entre tanto habia ido creciendo la fuerza de la tormenta, y era tan copiosa la lluvia, que descendiendo las aguas de las colinas por numerosos arroyos, comenaron éstos á precipitarse y á inundar el lecho del torrente, donde se encontraba Sigor al lado del anciano, ya cadáver, y de la jóven, que yacia desvanecida á sus piés, bañados por la corriente. Poseido del embrutecimiento mental más completo, contemplaba el guerrero los negros cabellos de la esclava, que las aguas agitaban y hacian flotar en torno de su cabeza, y veia más allá otros cabellos blancos movidos tambien por las aguas que se teñian en derredor con la sangre que brotaba de la frente del viejo druida.

Una tempestad no ménos violenta y terrible que la que rugia sobre su cabeza se habia desencadenado en el espíritu de Sigor. Aquellos dos seres que yacian á sus piés le representaban el principio y el término de su destino. El druida que acababa de espirar, víctima de su brazo asesino y parricida, le representaba su religion, su patria y sus juramentos; la jóven, desvanecida y próxima á morir tambien, ar-

rastrada por el torrente, pero á la cual podia fácilmente salvar y volver á la vida, era á sus ojos el dintel para penetrar en una nueva patria y en una nueva existencia con otra religion y otros juramentos. Esta confusion de ideas y esta lucha de sentimientos que se agitaban en la mente y en el corazon de Sigor le tenian completamente abstraído, sin que se diera á sí mismo cuenta de la tormenta ni de sus consecuencias.

Miéntras tanto las aguas que descendian de la montaña dieron mayor impulso á la corriente, y al bañar el cuerpo de Dionea arrastraron la parte flotante de la falda de su túnico, que fué á caer sobre el rostro del druida, ocultándolo á la vista. Este incidente, insignificante al parecer, fué de grandísima importancia: aquel lienzo que cubrió la fisonomía lívida del sacerdote era *el presente borrando el pasado*, y Sigor no vió ya más sino el semblante de Dionea.

La inundacion del torrente aumentaba por momentos, produciendo el curso de las aguas un murmullo sordo y aterrador. Reanimada algun tanto la esclava con aquella fria humedad, hizo un ligero movimiento procurando incorporarse, pero le faltaron las fuerzas para conseguirlo, y sólo las tuvo en los labios para balbucear el nombre de Sigor. En aquel mismo ins-

tante las aguas, que poco á poco habian ido creciendo, se precipitaron en mayor cantidad y con más violencia, pasando á la vez y cubriendo totalmente el cuerpo del druida y el de Dionea, y ocultando ambos á la vista de Sigor.

Una mano se agitó convulsivamente sobre la superficie de la corriente: el guerrero entónces se precipitó en socorro de la jóven, asió fuertemente aquella mano y suspendió á Dionea en sus brazos.

Desde aquel momento dió fin toda clase de incertidumbres en el espíritu y en las resoluciones del galo. Ya no habia allí otra cosa más que Dionea, que era el alma de su alma, que era su propia vida y á quien deseaba salvar á todo trance; porque cuando la vió desaparecer bajo las aguas, se habia sentido morir, y al aparecer aquella mano agitándose sobre la superficie, le pareció que era su propia vida la que lo llamaba. Dionea era, en fin, su última esperanza, que sobrenadaba en la tempestad de su conciencia y de sus pensamientos.

El robusto guerrero, llevando á la jóven en sus brazos, intentó ganar los bordes del cauce; pero habia dejado crecer las aguas del torrente á tal extremo, que sólo con desesperados esfuerzos podia resistir la impetuosidad de aquéllas, y luchaba furiosamente contra la corriente, estimulado

por el terror de Dionea, quien habiendo ya recuperado por completo el conocimiento y poseída de temor y espanto, se asía nerviosamente á Sigor, abrazada con fuerza á su cuello.

A pesar de los supremos esfuerzos del galo, éste no conseguía aproximarse á los bordes del torrente; las aguas le cubrían ya el pecho, y la fuerza y la impetuosidad de la corriente le hacían vacilar á cada paso cuando procuraba afirmar sus piés en las resbaladizas piedras sobre las cuales tenía necesidad de marchar. Cada vez que un falso movimiento le hacía perder el equilibrio, veíasele furioso azotar las aguas con el brazo extendido y cerrado el puño, como si se tratára de abatir y vencer á un enemigo.

En la actitud y en el semblante de aquel hombre podía observarse que se operaba en su alma y en sus sentimientos una lucha todavía más importante y más grave que la que tenía lugar entre sus fuerzas y las del torrente: si ántes había sacrílegamente ultrajado á su dios en la persona y en la vida de uno de sus sacerdotes, ahora le desafiaba con imponente y altiva mirada, con horribles imprecaciones y con soberbio ademán, sin temor á la cólera celeste ni á sus venganzas. Y hasta tal extremo se exaltaron en su espíritu estos senti-

mientos de ira, que, ciego y desencajado llegó á desenvainar la espada blandiéndola rabioso contra las impetuosas aguas del torrente, como el genio funesto de la desesperacion.

La tempestad habia llegado á su mayor apogeo: el estampido del trueno retumbaba sin cesar con terrible furor; el espacio se incendiaba con los resplandores rojizos del relámpago, y las aguas aumentaban en cantidad y violencia. El valor y la voluntad de bronce de Sigor se acrecentaban al par; pero á pesar de su pujanza y de sus heróicos esfuerzos le hubiera sido imposible ganar la orilla, y bien pronto hubiera sido arrastrado por la corriente, envuelto en la sangre del cadáver que dejaba en pos, si no hubiese encontrado en medio del cauce una piedra más grande que las demas y de colosales dimensiones, que apenas estaba cubierta por las aguas. Era uno de aquellos dolmanes (altares) que levantaban los antiguos galos para los sacrificios de solemnes funerales por la muerte de alguno de sus príncipes, de cuyos monumentos, así como de las sepulturas de tales personajes, se encuentran vestigios con mucha frecuencia en los cauces de los rios y de los arroyos; porque tambien era costumbre de aquel pueblo construirlos en semejantes parajes, con el ob-

jeto de que estuviesen defendidos por las aguas y no pudiesen manos sacrílegas profanar las cenizas de sus jefes.

Sobre aquella piedra, pues, se colocó Sigor; y allí, de pié, empuñando su espada, teniendo por alfombra el torrente que se precipitaba en derredor, y por techumbre la tempestad que rugía sobre su cabeza, permaneció silencioso y amenazador, con la mirada fija en el cielo, al cual parecía desafiar, mientras Dionea, apoyándose en sus brazos, contemplaba con amoroso trasporte aquella figura tan salvajemente bella, que la fascinaba y seducía.

Poco á poco fué alejándose la tormenta, cesando la lluvia y descendiendo al par las aguas del peligroso torrente.

Cuando todo volvió á recuperar la calma, empezó á crecer la turbacion de Dionea ante el hombre que con el intervalo de pocos momentos le habia salvado la existencia dos veces. Sigor, por su parte, la contemplaba en silencio: su coraje habia cedido al desaparecer el peligro, apagándose su fiereza.

—Y bien, Sigor— le dijo dulcemente la esclava — ¿quieres que sigamos nuestra marcha hasta el gran altar que está en el centro del bosque?

—Es inútil, porque nada tengo ya que implorar de mis dioses: ni vaticinios ni

consejos. Volvamos á casa de Manobal, donde forzosamente ha de haber sido notada nuestra larga ausencia.

Dionea inclinó la frente y caminó, seguida de Sigor, entrando de nuevo en la selva que ántes habian atravesado, y regresando por el mismo camino que habian recorrido.

Ya declinaba el dia, y los oblicuos rayos del sol, próximo á ocultarse bajo el horizonte, se reflejaban en las mil y mil gotas de agua que la lluvia habia depositado en las hojas de los árboles. La tierra se envolvía rápidamente en las sombras del crepúsculo, y tanto Sigor como la griega caminaban de tal manera preocupados en sus íntimas meditaciones sobre los sucesos de aquel dia, que, maquinalmente y sin apercibirse de ello, se desviaron de la ruta ó vereda que debian seguir para llegar á la casa de Manobal. Largo tiempo anduvieron errantes y á la ventura, sin poder encontrar el sendero que habian perdido, y su angustia creció de punto cuando cerró la noche por completo y se convencieron de que les era totalmente imposible regresar á los lugares de donde habian partido.

No tuvieron más remedio que decidirse á pasar la noche en el sitio en que se encontraban. Sigor, que, segun la usanza constante de los galos, iba provisto de to-

das sus armas, desgajó con presteza algunas ramas de los árboles inmediatos, las clavó en la tierra, y sujetando su sayal en los extremos, improvisó una especie de tienda, bajo la cual tomó asiento teniendo á su lado á la esclava. A poco empezó á elevarse la luna sobre el horizonte, y penetrando sus azulados rayos por entre el follaje, alumbraron la pálida fisonomía de Dionea, en cuyo rostro se marcaban las señales del frío y del cansancio. La pobre jóven, tendida sobre aquella tierra húmeda, se plegaba ó acurrucaba, procurando hacer entrar en calor sus ateridos y extenuados miembros. Sigor la contemplaba en silencio, dejando ver en su semblante el desden de una orgullosa y salvaje conmiseracion. Dionea comprendió la expresion de sus miradas, y con voz atemorizada le dijo:

— ¡Bien veo, Sigor, el desprecio que te inspiro! Me comparas con las mujeres de tu país, tan esforzadas, tan animosas, y te dices que no es así como ellas arrostran las penalidades y los trabajos, y que tampoco es así como se hacen dignas de un valiente guerrero. Cualquiera de ellas hubiera encendido, ya hace rato, una buena hoguera que te defendiese del frío, y tambien hubiera cogido algunas frutas que te mitigasen el hambre.

—Deja á las mujeres de mi raza esas salvajes virtudes, tan imposibles á tu delicada belleza como imposible sería imprimir á sus robustas formas la gracia de tus movimientos y la dulzura de tu voz. Pero sin duda tu debes tener hambre, ¿no es cierto? Aguarda unos instantes; yo remediaré tus necesidades.

Y frotando primero algunas hojas secas entre su túnica y su pecho, para quitarles la humedad, golpeó con su espada en el pedernal de su hacha (1), consiguiendo encender una buena lumbre. Luégo trajo á Dionea várias frutas de un manzano silvestre, y ademas algunas aves que sorprendió en los árboles. Despojó á éstas de sus plumas y púsolas sobre las brasas; y cuando estuvieron asadas, las sirvió y ofreció él mismo á Dionea. Así aquel hombre se imponía, en obsequio de una esclava extranjera, deberes y atenciones que no se hubiera atrevido á exigir ni áun de un esclavo de su país, donde se tenía en gran estima y respeto la dignidad del hombre, aunque fuese esclavo, y sólo á las mujeres les estaban asignados aquellos servicios.

(1) En los sepulcros de los Celtas y en las excavaciones que se practican en los países que fueron habitados por aquel pueblo, se descubren frecuentemente esas armas ó hachas de piedra, para las cuales empleaban el pedernal en vez del hierro ó del acero. (N. del T.)

Dionea lo sabía esto perfectamente, y á pesar de que experimentaba un gozo inefable, considerando el triunfo que habia obtenido sobre la salvaje naturaleza de aquel bárbaro, se aterraba de pavora y temor ante su propio triunfo, porque meditaba que una sola palabra, ó un solo recuerdo, podria traer á la mente de Sigor el grito de su conciencia y la memoria de la mision que le habia sido confiada, y temia con razon que, avergonzado y arrepentido aquel hombre de cuanto habia hecho, quisiese, en un momento de fanatismo, exterminar el único testigo de sus debilidades y de sus crímenes. Por eso la esclava guardó prudente silencio, y al fin fué Sigor quien la dijo:

— Dentro de algunas horas podremos continuar nuestra marcha. ¿Quieres volver á la casa de Manobal?

— ¿Y á dónde quieres que vaya?— respondió Dionea, mirando atentamente á Sigor.

— Tienes razon— replicó aquél.— La vida de nuestras selvas no puede tener atractivos para tí, ni ménos puede serte agradable. Yo mismo, favorecido por la naturaleza con suficientes fuerzas para soportarla, encuentro acobardado mi espíritu ante la idea de sensibles y penosas privaciones.

Dionea dirigió á Sigor una mirada en que se reflejaba todo su asombro, porque habia comprendido el significado de aquellas palabras, aunque no se atrevia á creer toda la intencion y el oculto sentido de ellas. Sigor volvió á quedar abismado en sus meditaciones, y tambien fué el guerrero quien por segunda vez interrumpió el silencio, diciendo bruscamente á la esclava:

—Y ahora, Dionea, ¿querrás declararme que recomendaciones ó mandatos has recibido de Léntulo?

Al escuchar tan inesperada y súbita pregunta quedó la jóven indecisa, y bajó la vista; pero Sigor insistió de nuevo, repitiendo su deseo de conocer las instrucciones que el romano habia confiado á la griega, y entónces ésta, con voz entrecortada y sin levantar la frente, dijo:

—Léntulo teme que tú puedas ser preferido con el amor de la hija de Manobal.

—Y te ha ordenado llevar las cosas de manera que yo te prefiriese á ella; ¿no es eso?

—Los dioses me son testigos de que nada he hecho para procurarlo, —respondió la esclava, dirigiendo una contemplativa mirada al cielo y elevando la frente con fiera dignidad.

—¡Ah! —exclamó Sigor, separándose de Dionea. —¡Ese romano execrable ha te-

nido la osadía de ordenarte que dispusieras de mi corazón como un niño dispone de sus juguetes, y se ha imaginado que tú harías hablar á mis sentimientos como haces hablar á las cuerdas de tu lira! ¡Pues yo le juro por Teutates que se engaña miserablemente!

— No invoques ese dios sangriento, á quien acabas de ultrajar.

— Y sobre todo no le invoques para mentir: ¿no es eso lo que quieres decir, Dionea? Sí; eso es lo que has querido expresar, porque tú vez que Léntulo ha triunfado, porque tú conoces que te amo y que has fascinado mi corazón. Sí; Léntulo no se engañaba, y tú has obedecido fielmente sus mandatos.

— ¡Oh!..... No, no, Sigor; yo te ruego que no creas eso, — gritó Dionea, arrojándose en los brazos del guerrero. — Las órdenes de Léntulo no podían despertar los sentimientos de mi corazón: te he seguido y te he acompañado, porque tú así lo has querido; pero desde que te conocí no he podido procurar agradarte, porque sólo he podido amarte.

A esta franca y entusiasta manifestación sucedió un prolongado y pudoroso silencio. Dionea permaneció inmóvil, con la vista baja, y apoyando su cabeza en el hombro de Sigor, que la contemplaba fija-

mente, procurando descubrir en su semblante la íntima realidad de sus pensamientos.

Cuando la mirada de Sigor descendió lentamente desde la frente á la mano de la jóven, quedó triste y abatido; y señalando con el dedo el brazalete de hierro sujeto á su muñeca, como signo de su esclavitud, la dijo:

—¿Puede ser dueña de sus sentimientos y tener libre el corazón la persona cuyo cuerpo y cuya vida tienen otro dueño?

A su vez Dionea señaló con su mano la argolla de hierro que llevaba Sigor al cuello, y le respondió:

—Entonces tampoco puede tener libre la voluntad el que se consagra á una empresa imposible.

La intencion de Dionea no fué dirigir un reproche á Sigor; así lo entendió éste, aceptando aquellas palabras como una observacion que iluminó su entendimiento.

—Tienes razon, — respondió; — mi empeño es inútil: esta raza de hombres degenerados no puede cooperar á la realizacion de los proyectos que me han alejado de mi patria.

—¿Y volverás á tu país sin avergonzarte de no haber podido realizar tu empresa?

—No, — respondió el galo. — Condena-

do al recuerdo de mi ignominia, mi cuello conservará eternamente este signo de mi impotencia y de mi flaqueza, porque sólo nuestros druidas poseen el secreto de la hierba milagrosa que pudiera destruirlo... Tú también conservarás siempre en la mano esa prueba de tu esclava condición, porque perteneces á un dueño que no la romperá jamás.

—Te equivocas, Sigor,—dijo Dionea;— yo poseo un instrumento de acero que corta y pulveriza los hierros más duros: este anillo caerá á mis piés cuando yo lo quiera, y cuando tú lo desees, yo podré liberarte de esa argolla.

—¿Dónde está ese poderoso instrumento?

—Lo tengo escondido bajo el lecho mio;—respondió Dionea.—Mi libertad duerme cerca de mí, y no aguardo más que una hora, un favorable momento para despertarla.

—¿Quisieras tú que esa fuese una misma hora para los dos?

—Yo te declararé cuáles son los deseos de mi corazón, si despues que hayamos llegado á casa de Manobal insistes en hacerme esa pregunta.

Así debia concluir para la jóven griega la vergonzosa servidumbre que le habia impuesto el destino, y así también iba á

romper el guerrero la noble esclavitud que sus heroicos juramentos le habian impuesto.

Sigor descendia : Dionea se elevaba.

La mujer conquistaba su libertad con el poder de su debilidad y con los encantos de su belleza : el hombre se hacia esclavo, dominado por sus pasiones. Dionea era la exacta imágen del pueblo vencido que, con las armas de la seducción, humilla la grandeza del vencedor, colocándose al nivel de su altura.

IV.

Cuando Léntulo y Manobal llegaron al campamento de Cepion , el Cónsul hizo al galo un distinguido y cortés recibimiento.

Le dispuso un baño perfumado , puso á su disposicion magnificos trajes, para que pudiera mudarse los suyos, y le ofreció una espléndida mesa con abundantes y suculentos manjares.

Empero toda la cordialidad y la cortesía que habian reinado entre Manobal y Cepion desaparecieron desde el momento en que se marcharon los demas convidados y quedaron solos con Léntulo.

Los tres personajes demostraban la mayor frialdad , encerrándose cada cual dentro de un meditado silencio para exami-

narse recíprocamente con ojo desconfiado, afectando un aspecto de indiferencia que estaban muy léjos de experimentar. Sucedia entre ellos una cosa parecida á lo que ocurría entre los antiguos guerreros celtas cuando se reunían en la morada de cualquiera de ellos para celebrar alguna conferencia sobre asuntos de gran importancia: aquellos hombres deponían sus armas, despojándose de ellas para tomar asiento en el festin con que se inauguraba la junta, y tan pronto como se habia servido el último manjar y se iba á proceder á la deliberacion, volvian tranquilamente á armarse, se ceñían las espadas, abrazaban sus escudos, examinaban sus arcos y sus flechas, y así aparejados comenzaban el consejo. De igual manera Cepion y Manobal, concluido el banquete, depusieron la cordialidad y se armaron de astucia, esperando mutuamente á ver cuál de ellos entablaba el diálogo: ambos simulaban no tener nada que decirse, y acostándose por completo en los lechos que respectivamente ocupaban, fingieron dormir con profundo sueño.

Léntulo permaneció observándolos con atencion, y pudo sorprender que el uno y el otro abrian furtivamente un ojo de vez en cuando para examinar la actitud de su adversario. Casi tuvo tentacion el jóven

romano de dar rienda suelta á su risa al contemplar tan torpes artes ; pero viendo que se prolongaba aquella escena de fingimientos, se decidió á ponerle fin. Para lograrlo no recurrió ciertamente á ningun medio extraordinario, ni produjo ruido alguno, ni dirigió excitaciones á ninguno de los dos durmientes : el partido que adoptó fué salir de la tienda con excesivas y marcadas precauciones, como si temiera turbar el reposo de aquellas dos personas ; y tan pronto como salió de la estancia y cayó la cortina que la cerraba, incorporáronse súbitamente Cepion y Manobal, quedando sentados en sus respectivos lechos.

—Creí que ese loco no iba á salir jamas, —exclamó Cepion.

—Y sin embargo, —añadió Manobal, —yo le habia recomendado que nos dejase solos.

No era ciertamente el rubor de su respectiva afrenta lo que les detenia para tratar en presencia de Léntulo, descubriendo á éste la bajeza y la ruindad de sus almas : si aguardaron á que se alejase el jóven, fué por poder discutir con absoluta reserva intereses puramente particulares. Léntulo, por su parte, tenía muy poderosas razones para querer saber con toda exactitud la importancia y cuantía de esos intereses ; así fué que no se alejó de aquel

lugar, permaneciendo oculto tras la cortina.

Manobal y Cepion consideraron que podían hablar con entera libertad, y entablaron el siguiente diálogo:

—Léntulo me ha indicado, — dijo Cepion, — que tú podrias volver á poner en nuestro poder la ciudad de Tolosa.

—Tolosa no ha sido jamas de Roma, — contestó Manobal. — Si la ciudad admitió en su recinto una guarnicion romana, fué sólo como un auxilio para poderse defender de los cimbrios: todo lo que yo podria hacer, pues, sería conseguir que los magistrados pusiesen en libertad á vuestros soldados.

Cepion aparentó una adaladora sorpresa, y exclamó admirado:

—Sin duda que eso vale mucho para Roma y para mí; pero se me figura que es bien poca cosa con relacion á tu extrema influencia. Tal vez yo no me atreviera á esperar de Manobal, en favor mio, un servicio de tamaña importancia; pero creia que fuesen más grandes su valimiento y su poder.

—El valimiento y el poder de Manobal, —contestó éste,—son sobradamente grandes para conseguir cuanto pueda desear el cónsul Cepion.

—El hombre prudente no debe desear

ni pretender nunca sino cosas que sean posibles, — dijo el romano con hipócrita entonacion.

— Pero á la prudencia del hombre, todo le es posible alcanzarlo, — añadió Manobal.

Al oir estas frases dejó Cepion el lecho donde estaba sentado, y fué á colocarse más cerca del galo, hablándole con voz tan apagada y misteriosa, que apenas sus palabras fueron perceptibles al atento oido de Léntulo, que escuchaba con avidez por la parte exterior.

— ¿Podria yo, pues, aumentar la guarnicion de Tolosa?

Manobal ejecutó con la cabeza una inclinacion afirmativa.

— Y como yo no pretendo, — continuó Cepion, — que nuestros soldados sean una carga ni un penoso grávamen para la ciudad, podrian cedérseles en su recinto algunas tierras incultas para que las labrasen.

— Tambien eso es posible, — contestó Manobal.

— Siendo así, — dijo Cepion, — podemos redactar desde luégo el tratado de alianza que debe unir á las dos naciones.

Y sin esperar la respuesta de Manobal se adelantó él mismo á traer, y colocó sobre la mesa un pedázo de pergamino enrolla-

do (1) y un *scrinium*, compuesto de dos tubos iguales, que descansaban en una ancha base, uno de los cuales contenía la tinta, y el otro las plumas de escribir, puesto que el *stilium* no se empleaba sino para la escritura en las tabletas (2).

Ya se disponía Cepion á redactar las primeras condiciones del contrato, cuando le detuvo Manobal, diciéndole:

—¿Por qué, siendo este un convenio entre dos pueblos iguales, has de escribirlo en el idioma del tuyo?

— Porque no existe posibilidad de con-

(1) Origen de la palabra latina *volumen*, adaptada al castellano. (N. del T.)

(2) La tableta ó tablilla fué un sistema de escritura usado por los romanos ántes de emplear el pergamino y las plumas. Eran unos lienzos y también unas tablillas de madera con un baño de cera, sobre el cual se grababan las letras con el auxilio del *stilium*, que era una especie de punzon. A los jueces de los tribunales se les entregaban tablillas para emitir sus votos en las sentencias, y esos votos de los magistrados se expresaban con letras. Una C., significaba *condemno*, una A., *absolvo*, y las dos letras N. L., *non liquet*, esto es, no está suficientemente claro el asunto. Ésto daba lugar á muchas supercherías. Habiendo Hortensio sobornado á los jueces en una célebre causa, señaló con diferentes colores las tablillas que á cada uno se daban, para conocer luego quiénes le habían cumplido su palabra. A este hecho escandaloso, y entónces reciente, alude M. T. Ciceron en su discurso contra Q. Cecilio, diciendo: *Et ait idem, ut aliquis metus adjunctus sit ad gratiam, certos esse in consilio quibus ostendi tabellas velit; id esse persfacile; non enim singulos ferre sententias, sed universos constituere; ceratam unicuique tabellam dari cera legitima, non illa infami ac nefaria.* (N. del T.)

signarlo con caracteres gálicos. Jamas habeis tenido el arte de la escritura, y si conservais algunos recuerdos de vuestra historia es sólo por haber sido trasmitidos de generacion en generacion por el canto de vuestros bardos y por la enseñanza de vuestros sacerdotes.

— Es cierto, — respondió Manobal; — no conocemos el arte de la escritura ni poseemos caracteres especiales de la nacion gálica; pero si tuviéramos esos caracteres, ¿accederías tú á escribir con ellos el tratado que vamos á formalizar? Escoger ó preferir el idioma de uno de los dos pueblos que contratan, equivale á reconocer la superioridad de ese pueblo y á la concesion de un privilegio que humilla al otro pueblo, y que éste no puede ni debe consentir en manera alguna. Tenemos un idioma y unos caracteres perfectamente neutrales que los galos y los romanos hablan y escriben con igualdad de conocimientos: ese idioma es el griego, ¿consientes en aceptarlo para la redaccion de nuestro tratado?

— El idioma es de todo punto indiferente, cuando las condiciones del contrato están dictadas por la buena fe, — respondió Cepion.

— En efecto, — replicó Manobal; — pero lo que hoy dicte la buena fe, pudiera ma-

ñana la malicia quererlo interpretar de distinta manera; y no está bien que ninguna de las dos naciones que representamos pueda ser nunca víctima de la ambigüedad de las frases, cuya significacion y lato sentido no comprende perfectamente y con igualdad.

Despues de la derrota de Mollius, vencido por los cimbrios á orillas del Ródano, obtuvo Cesion el mando de las legiones romanas que ocupaban el territorio de las Galias comprendido entre los Alpes y aquel rio. Llegado de Roma hacia pocos meses, habíase imaginado que el espíritu de los habitantes de aquel país carecia más aún de agudeza y comprension que sus costumbres de cultura, y se le figuraba que porque los galos desconocian las artes romanas habian de ignorar forzosamente los intereses de la patria. Este error ha sido siempre muy frecuente entre los pueblos civilizados, cuando sin un detenido estudio han intentado juzgar la inteligencia de las naciones calificadas por ellos de bárbaras; y siempre que éstas han demostrado en sus convenios ó tratados alguna sutileza ó algun ingenio, han quedado aquellos admirados y sorprendidos como de una cosa extraña y maravillosa. Esto fué lo que le sucedió á Cesion, y bien pronto comprendió éste que el engañar á Manobal

no le sería tan fácil como había creído. En su consecuencia, procuró consignar embozadamente sus proposiciones con fórmulas de respetuosa atención, inscribiendo á la cabeza del tratado el nombre de cada uno de los contratantes, y estableciendo que la validez del convenio exigía la ratificación del Senado de Roma, y la indispensable aprobación de la asamblea general de los Tectósagos.

La primera cláusula del pacto declaraba que los romanos formaban alianza con los galos para la recíproca defensa de los dos pueblos contra las invasiones de los Bárbaros, y muy especialmente para rechazar los ataques de los cimbrios.

Á renglón seguido se establecía que para obtener resultados positivos de esta alianza, había de ser ocupado desde luego el territorio de las Galias por cierto número de legiones romanas, estacionándose éstas de un modo conveniente y estratégico, para que no pudieran ser atacadas por sorpresa, á cuyo efecto una parte de aquellas fuerzas cubriría las guarniciones de las ciudades y puntos fortificados, y el resto acamparía en terrenos que les sería permitido cultivar.

Después se redactó la condición que concedía á los romanos cierta extensión de tierras, señalándose la Narbona como el

territorio más á propósito y conveniente para este objeto. Al llegar á este punto, dijo Cepion :

— Los romanos no pretenden de manera ninguna inmiscuirse ni intervenir en el gobierno de los pueblos, con los cuales establecen alianza, porque saben muy bien que las leyes y las costumbres de cada nacion deben ser respetadas. Por eso mismo no puede causarte extrañeza si pretendemos y exigimos que nuestras colonias y nuestros soldados se rijan por las costumbres y por las leyes de Roma.

— ¿Qué extension tendrán esas leyes?— preguntó Manobal.

— Las colonias se gobernarán por sí mismas y tendrán su Senado y su Pueblo, asumiendo ambos poderes la soberanía de legislar y la facultad de elegir sus magistrados, cuyo Concejo se llamará Curia y sus miembros Decuriones. La administracion estará encomendada á dos magistrados superiores, que se titularán Duumvros; pero tan elevados cargos no serán confiados sino á ciudadanos de madurez y experiencia, por lo cual será necesario contar más de cuarenta y tres años para obtener puestos tan importantes.

— Como todo eso es concerniente sólo á vosotros, nada tengo que objetar á tales condiciones. ¿Tienes algo más que añadir?

— Bien conocerás, Manobal, que una de las penas más crueles para el hombre es la de verse léjos de su patria; así, pues, encontrarás muy justo que, en cuanto sea posible, procuremos recordarla á nuestros conciudadanos. Al efecto les construiremos un Capitolio (1), un anfiteatro, templos, circos, mercados y todo aquello, en fin, que pueda contribuir á hacerles creer que no están léjos de Roma.

— Todo eso tambien me parece justo, y lo consentirémos. ¿Pero qué es lo que vosotros nos otorgais en recompensa del derecho que os concedemos para así venir á implantar vuestras ciudades y vuestras costumbres en medio de nuestro pueblo?

Cepion quedó algo confuso sin saber qué contestar á la observacion de Manobal, y despues de algunos momentos de duda, le dijo:

— Nosotros os daremos exactamente lo mismo que nos dais, y podréis ser en Roma lo que nosotros seamos en las Gálias.

(1) Templo y ciudadela edificados en el monte Tarpeyo de Roma en honor de Júpiter. Las obras de su edificación empezaron en tiempos de Tarquino el Antiguo, y se concluyeron por Tarquino el Soberbio. El Capitolio de Roma contenía, además del templo de Júpiter, los no ménos célebres de Minerva y de Juno, donde se depositaron inmensos tesoros. Los romanos construían monumentos parecidos al de Roma, y con el propio nombre en los países que conquistaban. (N. del T.)

—¿De modo que podremos establecer nuestras colonias en el Latio (1), y llevar allí nuestras costumbres y nuestras leyes?

—De ninguna manera,— se apresuró á contestar Cepion.— Nosotros no podemos consentir ni aceptar el cambio de la civilización por la barbarie; pero daremos todas las ventajas y todos los derechos de las leyes de Roma á los que pretendan someterse á ellas. Así pues, los galos que voluntariamente se asocien á nuestros soldados para fundar una colonia, adquieren el título de ciudadanos romanos, tienen el derecho electoral en Roma, y pueden aspirar á los primeros cargos y puestos de la República, despues que hayan obtenido en su respectivo municipio los de Edil ó Questor (2).

(1) Comarca de Italia junto al mar inferior, entre la Etruria y la Campania. Se dividia en viejo y en nuevo Latio, y los pueblos que la habitaron se llamaron latinos.

(N del T.)

(2) El Edil era un magistrado que cuidaba de la policía urbana. Este cargo fué instituido por el pueblo el año 264 de la fundación de Roma, por lo cual se llamaron Ediles plebeyos para diferenciarlos de los Ediles curules, que el año 389 se agregaron á aquéllos, siendo elegidos, alternativamente en un principio y despues sin distinción, entre las clases patricia y plebeya. Los Questores ó Cuestores fueron otros magistrados con varias atribuciones: los habia para cuidar del tesoro público, para fallar las causas importantes que les sometían los jueces ordinarios; para acompañar al Cónsul con el ejército, ó al Pretor ó Procónsul de una provincia. Questor urbano era aquel cuyas atribuciones se limita-

— Es decir, que lo que nos proponéis es que dejemos de ser galos para convertirnos en romanos. No escribas esa cláusula; hay cosas que sólo se obtienen por la imposición y por la fuerza, pero jamás por el consentimiento. El tiempo solamente podrá alcanzar el triunfo que tú pretendes conseguir, si nuestros hermanos encuentran mejor la condición de vuestros pueblos que la de los suyos.

— Y sin embargo, — replicó Cepion, — el bien no deja de ser bien de cualquier manera que se obtenga.

— ¡Mal conoces á los galos, Cepion! Es seguro que si se les deja en libertad aceptarán más pronto ó más tarde vuestras leyes, y se acomodarán á vuestras costumbres, porque creerán hacerlo por su propia iniciativa y voluntad; pero puedes estar asimismo persuadido de que rechazarían hostilmente á vuestros magistrados y á vuestros sacerdotes, si tan siquiera llegáran á sospechar que se intentaba someterlos á su obediencia y á su poder.

El astuto Cepion aparentó no dar importancia á las declaraciones de Manobal, y añadió:

ban al casco de la ciudad, para perseguir á los vagamundos y delincuentes, y para prestar auxilio en los siniestros de incendios. (N. del T.)

— Al par que nuestras leyes y costumbres tambien se practicará nuestra religion en las colonias de los romanos; y ciertamente será esto un bien de grande importancia para vosotros, si aprovechais el ejemplo, y si la bondad y dulzura de nuestros cultos hace que renunciéis á esos sacrificios humanos que ofreceis á vuestros sangrientos dioses.

— Bien difícil es calificar cuál de los dos sistemas sea el más humanitario, si aquel que arroja los hombres á las fieras en el circo, ó el que las inmola sobre un altar. Todavía no he podido explicarme que el pueblo sea una divinidad tan poderosa y respetable como para ofrecerle sacrificios que vosotros mismos calificais de bárbaros y sangrientos porque los dedicamos á nuestros dioses. Guárdate bien, por tanto, de hablar de esto á nuestros pueblos, y déjales la libertad de creencias que reclamas para los tuyos.

— Sea como gustes; pero esto no obstante, — continuó Cepion observando atentamente la fisonomía de Manobal, — tengo entendido que no siempre habeis rendido culto á vuestras divinidades con ofrendas de sangre humana; y si no estoy equivocado, creo que el templo de Apolo en Tolosa guarda ricos tesoros, que la piedad de los galos ha ido acumulando desde

hace muchos años en obsequio á sus dioses.

— No han sido exagerados tus informes, — contestó Manobal con intencionada frase; — y bien podrás por tí mismo asegurarte de esa gran verdad cuando seas dueño de la ciudad de Tolosa.

El romano comprendió perfectamente todo lo que con aquellas palabras habia querido decirle Manobal, y correspondiendo, por su parte, con una oferta aún más directa y expresiva que la que se le acababa de hacer, dijo á quél :

— ¿Y cuál ha de ser tu recompensa por todo esto, Manobal?

— Bien sabes, — respondió el galo con fingida y afectada humildad, — que yo no soy más que un pobre pescador que he tenido la suerte de ganar algun dinero arrendando la pesca de una parte de los lagos de la provincia, y entre ellos la del de Lates (1). Pues bien, yo no preten-

(1) El sistema empleado por los galos para la pesca de estos lagos era por todo extremo sorprendente, y Plinio nos dá algunos detalles de esta pesca singular, refiriéndose precisamente al lago nombrado Lates, situado en la provincia Narbonesa, cerca de Nimes. Dice que en las aguas de este lago crecia y se multiplicaba un considerable número de peces llamados sargos, mugos, mujiles, mujoles, trillas, cabezudos, mugles, etc., etc., para cuya pesca se asociaban los hombres con los delfines. En determinada época del año acudian aquellos peces en grandes balsas á los canales que desembocaban en el mar para desovar, y entónces precisamente era cuando

do ni quiero más recompensa sino la de que ese privilegio, que sólo comprende algunos lagos, se extienda á todos los de la comarca, y muy especialmente al que está próximo y depende del templo de Apolo, no porque ése pueda proporcionarme más utilidades que otro cualquiera, sino por el alto honor de ser el pescador de aquel dios, y porque ésa es, en su clase, una especie de sacerdocio que mi vanidad am-

enía lugar la gran pesquera. La aglomeracion de tantos peces y la irresistible violencia con que caminaban hacia imposible la colocacion de atajadizos de redes, porque éstas eran destrozadas al punto por el impulso de aquel torrente de animales. En sustitucion, pues, de los atajadizos, los pescadores se dirigian á la playa tan pronto como empezaban á notar el movimiento de los habitantes del lago, y daban grandes voces, gritando con repeticion: « Simon, Simon, Simon », cuyos ecos llevaba el viento Norte á una considerable distancia, y eran la señal á la cual acudia un ejército de delfines que cerraba el paso á los viajeros. Entónces los hombres tendian sus redes é iban estrechando la pesca, que, así acorralada, empezaba por saltar buscando la huida, cayendo luégo en las bocas de los delfines, cuya falange no se entretenía en comerlos, gozando con sólo la matanza. Los pescadores, entretanto, aprovechaban la detencion de aquellas multitudes llenando de peces sus barcos, y no sólo abandonaban á los delfines la parte que estos cetáceos habian matado, sino que además los regalaban arrojándoles una pasta compuesta de pan y vino, que los dejaba satisfechos y contentos para acudir á la llamada del año siguiente.

Esta costumbre y este sistema ha dejado ya de practicarse, debido, sin duda, á que la cria de peces ha disminuido sensiblemente, y á que muchos de los lagos han sido desecados ó han perdido sus primitivas condiciones.

(N. del T.)

biciona desde hace mucho tiempo. Para fundar razonablemente este privilegio y darle apariencias de justicia, podrás decir que el precio de tal arriendo se destina al pago de la soldada de las tropas romanas, que la República se obliga á sostener para la comun defensa.

Cepion no pudo ménos de sonreirse al conocer las modestas pretensiones de Manobal, ni éste aparentó inquietud ninguna al observar que se agitaba con violencia la cortina, tras la cual se ocultaba Léntulo. El jóven romano creía defraudados sus proyectos y sus esperanzas, por el mezquino giro que habia dado á la negociacion aquel á quien consideraba como su futuro suegro; porque Léntulo sabía que la traicion de Manobal se le hubiera pagado á mucho mayor precio del que por ella obtenia, y quedó sorprendido de que el galo fuese tan torpe que no viera en un rincon de la tienda un cofre atestado de oro y una balanza allí dispuesta para pesarlo.

Léntulo consideró necesario apresurar su entrada en la tienda por si podia con su presencia y con sus insinuaciones despertar la codicia de Manobal. Penetró, pues, en ella decididamente, y aparentando desconocer todos los detalles de la conferencia que habia escuchado, preguntó

cuáles eran los acuerdos y las condiciones estipuladas entre Manobal y el Cónsul; pero Cepion, preocupado en activar la terminacion de aquel importante y ventajoso negocio, procuraba concluir á toda prisa la redaccion del convenio, y no le contestó. Léntulo aprovechó aquellos momentos para acercarse á Manobal, diciéndole en voz baja:

— ¿Estás satisfecho? ¿Has recibido las cuantiosas sumas de dinero que Cepion tenía órden de entregarte como remuneracion de tus servicios?

— Yo no vendo — contestóle Manobal — los intereses de mi patria, y he venido aquí solamente por amor á ella y para hacer lo que considero conveniente para su bienestar y para su dicha, sin aspirar á otra recompensa más que á la gratitud y á la estimacion de mis conciudadanos.

Léntulo habia creido conocer perfectamente á Manobal y lo suponía hombre de grande astucia y sutileza, avaro y de extraordinarias ambiciones, hasta el extremo de que en cualquiera otra circunstancia que no hubieran escuchado sus oídos toda la conferencia del convenio, hubiera calificado de audaz hipocresía la contestacion que habian obtenido sus preguntas; pero despues de ver el miserable resultado de aquellas gestiones, dudó ya de la saga-

ciudad del galo y supuso que éste había sido víctima del engaño de Cepion, asomando á sus labios, con tal motivo, una ligera sonrisa de desprecio.

Entre tanto Cepion había escrito una segunda copia del tratado, que entregó á Manobal, despidiéndose de éste y encargando á Léntulo que acompañase al galo.

El joven romano y el padre de Cesonia abandonaron seguidamente el campamento. Léntulo caminaba al lado de Manobal y estudiaba en su fisonomía, procurando descubrir en ella algo que le diera á conocer cuáles habían sido las razones que había tenido para concertar un tratado que ningun provecho individual le ofrecía; pero cansado del indiferentismo con que el galo escuchaba sus observaciones, se decidió al fin á tomar súbita resolución, y preguntóle:

—¿A dónde piensas dirigirte ahora?

—Voy á Tolosa á presentar este escrito á los magistrados que me son adictos y que desapruéban, como yo, el arresto de la guarnición romana, para que me ayuden á conseguir que sea puesta en libertad.

—En ese caso, ha llegado el momento de separarnos: ve ahí el camino que conduce á la ciudad.

—Este camino—dijo Manobal—es el mismo que conduce á mi morada. ¿No

vuelves tú á ella? ¿No sabes que hay allí quien te espera?

Estas preguntas acabaron de irritar el ánimo de Léntulo, alterado ya en sumo grado por la simplicidad que suponía en el galo. Sin embargo, supo refrenar su cólera, y adoptando su habitual estilo impertinente y altivo, respondió:

—Ciertamente que la hija de Manobal es muy hermosa; pero yo te declaro que su amor no puede satisfacer mis necesidades, ni mis aspiraciones. Quizá estas aspiraciones no merezcan tu aprobacion; pero soy yo el que deseo alcanzarlas á mi gusto. Ni me agradan los lechos de paja, ni me pueden dar placer los baños que carecen de esencias perfumadas, ni mucho ménos quiero exponerme á tener que alimentarme toda mi vida con los peces que extraigan tus redes de los lagos cuyo privilegio de pesca acabas de obtener.

Manobal tuvo la prudencia de no contestar una sola palabra, aunque comprendió perfectamente la directa alusion que hacía Léntulo al tratado concertado entre él y Cepion. El galo, sin embargo, dirigió al romano una mirada tan extraña, dejó asomar á sus labios una sonrisa tan irónica y reveló en su rostro tal expresion de malicia, que asaltó á Léntulo la súbita sospecha de haber sido tal vez juguete de

la doblez y de la astucia del viejo magistrado de Tolosa. El padre de Cesonia, encerrado en su prudente reserva, se concretó á dirigirle un saludo con la mano, y se alejó impasible sin exigir á Léntulo ninguna explicacion de sus palabras y sin manifestar tampoco los menores propósitos de dársela por su parte al jóven romano, el cual, despues de permanecer largo rato siguiéndolo con la vista, regresó de nuevo al campamento, entregado á profundas meditaciones con motivo de la singular y extraña despedida de Manobal.

V.

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, Carrin y Cesonia, impulsados por contrarios sentimientos, habian acudido al umbral de la morada de Manobal y se habian sentado sobre las mismas gradas donde pasaba la primera escena del comienzo de esta historia. La jóven galesa, inquieta é impaciente, dirigia con avidez sus miradas al horizonte, esperando descubrir la aproximacion de alguna persona: el anciano escuchaba atentamente los ruidos más imperceptibles para poder distinguir los pasos de alguién á quien esperaba con ansiedad. Ni una sola palabra se habia cruzado

entre ambos personajes, y el horizonte permanecía desierto, sin que nada turbase la tranquilidad y el silencio de la tarde; pero la ansiedad que dominaba el corazón de Cesonia se desbordó por sus labios, á pesar de los esfuerzos de su disimulo, y olvidando que habia quien pudiera oirla, exclamó maquinalmente y á media voz:

— ¡Cuánto tarda Léntulo!

— Demos por ello gracias á los dioses, y elevemos al cielo nuestros ruegos para pedir que no regrese, exclamó Carrin.

La jóven comprendió su imprudencia y guardó silencio; pero Carrin añadió:

— ¿Y serás tan necia que tengas todavía fé en el amor de ese romano? Persuádete de que todo es cálculo, estudio, fingimiento y traicion en esos hombres de raza tan distinta y enemiga de la nuestra. Sin duda debe haber obtenido ya de tu padre lo que pretendiera, y tal vez á estas horas se mofa de él y de tí en los brazos de alguna cortesana griega que forme parte de su séquito.

— Eso es imposible— replicó Cesonia— Léntulo me ha jurado por sus dioses que yo seré su esposa, y un romano jamas ha faltado á la fé de sus promesas.

— ¿Quién te ha informado tan favorablemente de sus virtudes? ¿Ha sido, por ventura, esa esclava? ¿Dónde está Dionea?

¡Ah! De seguro habrá escapado á unirse con su cómplice.

—Dionea marchó á servir de guía á Sigor—dijo Cesonia con mal reprimida acritud—y Sigor tampoco ha regresado áun.

—¡Oh, Sigor! Mucho me inquieta y sorprende su tardanza; pero no dudes que regresará bien pronto. En los lugares que ha ido á visitar existió en otros tiempos el bosque sagrado de nuestros sacerdotes; y allí, ante los venerables monumentos y ante los abandonados altares de nuestros antepasados, habrá recibido sin duda la inspiracion necesaria para realizar los designios de su elevada mision. No tardaremos en volverlo á ver entre nosotros.

—Y con él vendrá tambien nuestra desgracia, no lo dudeis—respondió Cesonia—porque me temo que su presencia haya sido solamente la causa del alejamiento de Léntulo.

—¡Maldicion sobre Léntulo! te digo yo; porque tal vez sea ese infame romano quien traidoramente impide la pronta vuelta de Sigor.

Todavía continuaron altercando así largo rato la jóven y el anciano, hasta que un lejano ruido y una inmensa nube de polvo llamaron respectivamente la atencion de Garrin y atrajeron las miradas de Cesonia.

—Ese ruido en nada se parece al de los

pasos de un hombre: ese no es Sigor—dijo Carrin.

Cesonia se habia puesto de pié sobre el más alto escalon de las gradas, y miraba con avidez.

— Es un carro—dijo— que levanta una espesa polvareda: ¡no es Léntulo!

— ¡Es mi hijo!—exclamó Carrion.

— ¡Es mi padre!—exclamó Cesonia.

Y despechados y contrariados penetraron ambos en la casa sin detenerse para recibir á Manobal, puesto que la llegada de éste no era la que satisfacía las recíprocas esperanzas de aquéllos.

Poco tardó Manobal en llegar á la puerta de su morada. Las nubes de vapor que exhalaba el sudor de sus caballos, y el cansancio y abatimiento de estas bestias, atestiguaban que se habia exigido de ellas un servicio rápido y penoso.

Manobal saltó ligeramente del carro apenas hubo éste parado, y al penetrar en su casa dió orden á sus esclavos para que fuesen inmediatamente en busca de su padre y de su hija, noticiándoles su regreso y advirtiéndoles que tenía necesidad de hablarles en el acto. Avisados el anciano y la jóven, se reunieron con Manobal en el departamento más retirado de la casa, donde el padre de Cesonia procuró explicarles sus proyectos.

—Gracias al cielo—les dijo—que puedo hablaros con entera libertad y confianza sin que me lo estorbe la presencia importuna de ningun huésped. Escuchadme, pues, con atencion, y llevemos entre todos la enojosa carga de los secretos que hasta hoy ha pesado sólo sobre mí. Tú, Cesonia, no serás ya la esposa de ese insolente romano, cuyo amor estaba inspirado únicamente por tus riquezas.

—¡Qué decís, padre mio!—exclamó Cesonia—¿qué pruebas teneis de lo que hablais?

—La mayor y más elocuente que puedo darte de lo que te digo es la misma ausencia de Léntulo, quien seguramente se encontraria aquí si hubiera podido suponer las ventajas y los inmensos tesoros que me proporciona el tratado que acabo de celebrar. Se ha mofado de los productos de la pesca del lago de Apolo, cuyo exclusivo privilegio de explotacion he obtenido, porque ignora que allí están ocultas y sumergidas todas las riquezas que nuestros antepasados aportaron á su patria al regresar de Délfos. Si, como yo, conociera este secreto de nuestros sacerdotes, entonces hubiera encontrado deliciosamente perfumados nuestros baños y cómodamente confortables nuestros lechos. Te repito que si tal supiera, se encontraria aquí en estos

momentos y se consideraria por todo extremo dichoso y afortunado si lograba obtener tu mano, y con ella una alianza que acaba de despreciar porque te supone pobre.

—Veo que, al fin, hablas discretamente, hijo mio,—dijo Carrin;—Cesonia debe ser esposa de un hombre que sea digno de ella, y muy pronto, á no dudar, llamarás hijo tuyo á Sigor.

—No por cierto,—se apresuró á contestar Manobal;—Cesonia no será la esclava de ese bárbaro ni de aquel romano, porque si lo que yo deseo es que mi hija querida no tenga que soportar los insolentes desdenes de un patricio de Roma, mucho ménos he de condenarla á sufrir las humillaciones y el trato salvaje de un feroz guerrero de la Germania.

—¿Entonces, qué es lo que pretendes? —replicó Carrin.—¿Por qué has halagado y consentido á Léntulo? ¿Por qué has observado esa conducta de atraccion con ese á quien calificas de bárbaro?

—Porque la amistad de ambos era útil y conveniente á mis planes: tenía que aprovecharme de la mediacion é influencia de Léntulo para obtener una ventajosa alianza con los romanos, cuyos ejércitos han de auxiliarnos en la terrible lucha que se apresta para arrojar á los cimbrios fuera de nuestro territorio.

Y luego bajando la voz con gran misterio, añadió:

—Tenía y tengo asimismo necesidad de Sigor para formar y organizar la poderosa liga que más tarde ha de librarnos de la alianza romana, porque la alianza con Roma no es otra cosa sino la humillación y la esclavitud del pueblo que la suscribe. Sigor llevará á nuestros hermanos de todos los países la promesa de que les ayudaremos en la empresa de abatir y aniquilar el poder de los romanos; y cuando éstos se vean estrechados y amenazados á la vez por las fuerzas combinadas de la Galo-Grecia, de la Iliria, de la Panonia, de las tribus errantes de la Tracia, de nuestros hermanos de las riberas del Danubio y de los galos de las orillas del Rhin, nosotros contemplaremos la destrucción de unos y otros y habrá llegado la hora solemne de que podamos arrojar fácilmente de nuestro suelo las odiadas legiones romanas que, aisladas y sin esperanzas de ser socorridas, tendrán que ceder al empuje de nuestras fuerzas. En muy poco tiempo podremos tener entonces una Galia independiente y libre como existió antes y como ha querido reconstituirla nuestro rey Bituit.

Carrin y Cesonia escuchaban con asombro á Manobal sin poderse explicar la ventaja de sus proyectos.

Carrin era uno de esos viejos soldados que fuera de los campos de batalla no encontraba otro medio posible de combatir á una nacion enemiga, creyendo que los ejércitos debian pelear hasta que la victoria se decidiera en favor de unos ó de otros. Toda otra empresa que con auxilio de sucesos combinados favoreciese los esfuerzos de un pueblo, estaba más allá de los límites de su inteligencia.

No era ciertamente la penetracion de Cesonía más aventajada que la del anciano. Una Galia independiente y libre le parecia la cosa más inútil del mundo, puesto que los romanos le daban una Galia con espectáculos, con baños públicos, con circos, con teatros, con gladiadores y con cómicos. Ella no deseaba otra cosa más.

Así es que Manobal no pudo nunca vencer las obstinadas negativas de Carrin al pretender de él que cooperase con la autoridad de su palabra para prestar mayor fuerza y garantía á las promesas que habian de hacerse á Sigor, asegurándole la participacion y auxilio de los tectósagos en el comun esfuerzo de todas las razas de los galos.

—Yo no puedo,—decia,—asegurar á Sigor que tú eres enemigo de los romanos, porque sé que andas con ellos en tratos y alianzas; y tampoco puedo jurarle la pro-

mesa de que ayudaremos á los galos con nuestros ejércitos, porque veo que estás decidido á dejarlos combatir solos.

Por otra parte, cuando Manobal anunció á su hija que ya no debía pensar más en Léntulo y que la tenía ofrecida por esposa á Popillus, jefe de los Auvernios (1), que á la sazón recorría toda la Galia organizando un levantamiento general; cuando añadió que precisamente para cumplir lo que habia prometido á Popillus y para proteger su empresa con grandes subsidios se habia hecho adjudicar el arriendo y privilegio de la pesca en el lago de Apolo, donde encontraria las enormes riquezas de aquel templo que no podian tener mejor empleo que el de libertar á la patria, Cesonia sólo aprovechó una cosa en todo el discurso de su padre, esto es, que ella no sería esposa del romano, de aquel Léntulo que la ofrecia una lujosa litera, trajes y galas, joyas y brazaletes de oro, y que le habia prometido acompañarla al teatro para ocupar el rango y las consideraciones de las matronas y patricias de Roma. Cesonia, pues, no se detuvo á discutir los

(1) La Auvernia era una antigua provincia de Francia, cuya capital fué Clermont. Los actuales departamentos de Puy-de-Dome, Cantal y Alto Loira formaban aquel territorio. (N. del T.)

proyectos de su padre ni se ocupó de ellos, concretándose únicamente á decirle :

—Pero tú tienes dada tu palabra á Léntulo.

—¡ Ah ! Yo te garantizo que él no vendrá á exigirme el cumplimiento de esa palabra , — respondió Manobal.

—Pero tú has jurado por Mercurio que la cumplirás, y ese es un compromiso sagrado y solemne.

—Compromiso que no tendré necesidad de cumplir, ni podré hacerlo, si no se presenta nadie á reclamar su ejecucion.

—¿ Y si viniese Léntulo ?

—No vendrá.

—¡ Vendrá ! — se dijo á sí misma Cesonia. Y al retirare lentamente con la cabeza inclinada, miéntras Manobal la seguia tristemente con cariñosa mirada compadeciéndola por el desengaño que acababan de sufrir sus ilusiones, ella se alejaba meditando una traicion contra su padre.

En efecto, apénas se vió sola en su cámara, trazó en un pergamino estas líneas: « Bien sabes, Léntulo, que los inmensos tesoros de Delfos se guardan y conservan ocultos bajo las aguas del lago de Apolo: mi padre va á ser, pues, el hombre más rico del mundo. El te espera: no tardes en venir. »

En esas lacónicas palabras estaba retratada el alma de Cesonia. Acababa de saber que si Léntulo había pretendido su mano sólo fuera impulsado por la codicia de poseer las grandes riquezas de su dote; y léjos de sublevarse la dignidad y el amor propio de la mujer contra aquel hombre ruin y miserable, hacía un llamamiento á las ambiciones de aquel hombre *para excitar su amor*.

Y es que en el corazon humano reside un sentimiento de instintiva justicia que impide exigir de los otros más de lo que ellos mismos pueden sentir. ¿Cuáles eran las ilusiones de Cesonia en su himeneo con Léntulo? El lujo, las joyas y los placeres que desconocia. Ella le amaba por todo, ménos por él mismo. ¿Debia ni podia ofenderse la jóven de que él no la amase sólo por ella?

Y, sin embargo, la vanidad de la mujer habia procurado, al escribir aquellas líneas, defenderse en apariencia con la felicitacion de un suceso que ella le noticiaba, por más que en la forma de hacerlo simulase creer que ya él estaba iniciado en el secreto. Además le decia que no era ella, sino su padre, quien le llamaba.

El pergamino de Cesonia fué confiado por ella misma en las manos de una esclava.

va que recibió la recomendacion y el especial encargo de hacerlo llegar á las de Léntulo ántes de la media noche.

Entre tanto Manobal se congratulaba y se daba el parabien del magnífico plan que habia formado, olvidando en las expansiones de su gozo que ya existia en cada comarca y en cada hogar del país de los tectósagos un interes contrario que habia de oponer múltiples y diferentes resistencias á sus designios. En todo caso ese interes no podia ser favorable á los amores de una jóven galesa con uno de los opresores de la patria, y sería inspirado de seguro por otros sentimientos más dignos y elevados.

Pero ya la influencia romana se habia infiltrado por todas partes: en los negocios públicos y en la vida doméstica, en la colectividad y en el individuo; y cuando llegase el momento en que toda la nacion, engañándose á sí misma, creyera que el grito de muerte contra los romanos era un grito de guerra lanzado á la vez por todos los gobiernos de los galos, cada uno de estos gobiernos hubiera tenido sus razones especiales para no responder al llamamiento. Demas de esto, que los galos no conservaban ya la integridad de sus costumbres, ni de sus leyes, ni de su religion, que eran los símbolos que podian constituir su bandera y ser el objeto de su fana-

tismo. Por otra parte, su comercio tenía necesidad de Roma; sus costumbres, modificadas y alteradas por la influencia de ese mismo comercio, habían creado nuevas exigencias para la vida material; y, por último, ellos mismos habían levantado voluntariamente altares y templos á los dioses extranjeros que les habían sido importados; y hay que tener presente que le acontece á los pueblos una cosa parecida á la que le sucede á los individuos que se acostumbran á malos hábitos: el día que pretenden desprenderse de tales hábitos se aperciben aterrorizados que no pueden vivir sin ellos.

Manobal no se detuvo en ninguna de estas reflexiones, y cuando algunos años más tarde estalló la gran sedición que él había organizado con Popillus, y que el feroz Sila sofocó en una gloriosa y decisiva campaña (1), quedó asombrado sin po-

(1) Aquí atribuye Mr. Soulié la derrota de los galos á la fortuna de Sila, habiendo sido Mario el que los destruyó y subyugó en la batalla memorable que se libró en las inmediaciones de Aix. Uno de los sangrientos episodios de esta jornada fué la participacion que tomaron en la lucha las mujeres de los Ambrenos ó Ambrones, acudiendo aquéllas, aunque inútilmente, en auxilio de sus esposos con un valor y una resolucion superiores á su sexo; porque aquel movimiento de heroísmo no tuvo feliz éxito, y sus consecuencias fueron aun más funestas. Reducidas á capitular, propusieron dedicarse á ser vestales con el objeto de salvar su honra; pero el cruel Ma-

derse dar explicacion de la facilidad con que los Tectósagos aceptaron un yugo que él mismo les habia ido enseñando á soportar.

Manobal vió llegar el siguiente dia adquiriendo cada vez más confianza en el éxito de sus planes. Dos circunstancias muy favorables contribuian á ello: Sigor estaba ya de regreso, y Léntulo no habia vuelto á presentarse.

Procurando acelerar la partida del guerrero, ántes que éste pudiera tener conocimiento del tratado que habia celebrado con Cepion, Manobal le señaló y le explicó desde luégo los caminos y desfiladeros que debian utilizar los ejércitos de los galos, concurrendo combinadamente para que el territorio de Italia fuese asaltado é invadido á la vez por todos sus extremos. Preocupado con el estudio de su disimulo, no pudo observar el indiferentismo con que le escuchaba Sigor, quien por su parte se hallaba tambien sumido en profun-

rio rechazó sus pretensiones, y entónces, con una ferocidad sublime, cuya culpa y censura recaen sobre el vencedor, aquellas heroínas de la castidad conyugal se extrangularon en la noche siguiente con cuerdas que amarraron á las colas de sus fogosos caballos, defraudando así las esperanzas de los soldados licenciosos de Mario.

Sila era á la sazón lugarteniente del cónsul Lutacio Catulo, colega de Mario, que se hallaba en la Galia Cisalpina oponiéndose á la invasion de los cimbrios.

(N. del T.)

das meditaciones, prestando una aprobacion constante y distraida á todas las advertencias de Manobal.

La última conferencia de ambos terminó solicitando el guerrero la emancipacion y el donativo de Dionea, como presente y obsequio de hospitalidad que los galos acostumbraban hacer á los extranjeros. Manobal accedió sin oponer dificultad alguna, y aquel mismo dia se despidieron abandonando Sigor la morada del padre de Cesonia en compañía de la esclava griega.

* * *

Quince dias despues las legiones de Cepion, protegidas por la oscuridad de la noche, penetraron silenciosamente en Tolosa; haciéndose el Cónsul dueño de la ciudad y apoderándose de las riquezas del templo de Apolo, segun anticipadamente se lo habia anunciado Manobal (1).

(1) Dice el historiador Anquetil que aunque los habitantes habian entregado la ciudad voluntariamente á los romanos, no por ello dejaron éstos de saquearla, siendo inmenso el botin que hicieron por la expoliacion de los templos. La rapacidad de Cepion, añade, llegó al extremo de haber usurpado la parte de los cómplices de su avaricia, atacando á una porcion de expoliadores encargados de trasportar la mezquina parte que destinaba á la república. Esta indigna conducta del Cónsul hizo que se subleváran contra él los mismos galos, comprometiendo así los intereses de Roma y siendo más tarde vencido con desastrosas pérdidas para la República, por lo cual decretó el Senado su destitucion y la confiscacion de sus bienes; resolucion tremenda nunca practicada hasta en-

Después de esto los galos esperaban el acto en que, bajo la autoridad del general romano, había de adjudicarse en pública subasta el arriendo de la pesca de los lagos.

Manobal se trasladó á Tolosa con su hija Cesonia, quien, á pesar de lo que había escrito á Léntulo, no vió que éste acudiese á su llamada. Al atravesar el galo con su hija por entre la multitud, distinguieron y reconocieron á Dionea muellemente recostada en el fondo de una lujosa litera tirada por dos hermosos caballos, y vieron á la antigua esclava que desde la altura de su magnífico tren lanzó una mirada de desprecio al humilde y miserable carro en que iban Manobal y Cesonia. Un poco más adelante, y próximos ya al templo de Apolo, se cruzaron con un peloton de aquellos soldados galos que sólo conservaban de sus antepasados el deseo y la afición á la guerra, pero que se vendían y se alistaban bajo las banderas del caudillo que los conducía á los campos de batalla, sin tener para nada en cuenta la justicia ó sinrazon de la causa que defendían. Sigor iba, como jefe, á la cabeza de aquel peloton; Sigor, que aún llevaba el traje y las armas de su país, pero en cuya garganta no se veía ya

tónces, pero pequeña expiación, sin embargo, para el hombre cuya avaricia y cuyos desaciertos habían puesto en peligro los destinos de la patria. (N. del T.)

aquella argolla de hierro que no debiera haber desaparecido de su cuello sino despues del cumplimiento de sus votos y de sus juramentos.

Ya el encuentro y la vista de Dionea habian preocupado á Manobal con tristes presentimientos, y habia observado ademas la palidez que cubrió el rostro de Cesonia al contemplar cómo aquella esclava habia logrado satisfacer los deseos y las aspiraciones que fueran estériles esperanzas suyas; pero cuando vió á Sigor se desvanecieron por completo las que alimentaba el mismo Manobal, y huyó de su pecho la confianza que habia abrigado de que el guerrero no faltaria á sus promesas ni á sus juramentos. Manobal no pudo disimular su despecho ni contener su indignacion, expresándolo así al mismo Sigor, á cuyo efecto detuvo su carro y le increpó coléricamente con voz descompuesta y alterada, diciéndole:

—Sin duda alguna que al quitar de tu garganta la argolla de hierro, la habrás depositado sobre el altar de Teutates por haber cumplido religiosamente tus solemnes juramentos y la sagrada mision que te estaba confiada.

—Sí,—respondió Sigor con intencionado acento;— he hecho todo lo que se podia hacer con un aliado como tú.

Estas frases de Sigor daban muy claramente á entender que el guerrero conocia las artes y manejos secretos de Manobal, y éste recordó entónces que cuando aquél abandonó su morada le habia seguido tambien el viejo Carrin, por lo cual no le quedó la menor duda al padre de Cesonia de que la ignorante probidad y fanatismo del anciano le habrian impulsado para revelar á Sigor los proyectos y secretos que tan imprudentemente le habian sido confiados.

Manobal, aunque algo contrariado y pensativo, continuó en silencio su marcha con direccion al templo de Apolo.

—No importa,—se decia á sí mismo;—yo sólo podré al cabo ejecutar lo que deseaba hacer con el auxilio de ellos. La Gallia se basta á sí propia para conquistar su libertad y su independendencia; y con el valor de Popillus y con los subsidios que yo le proporcione, organizaremos dentro de poco tiempo un ejército formidable que arrojará fuera de nuestro suelo la tiranía de Roma.

Preocupado con estas ideas llegó por fin Manobal á la plaza que se extendia delante del templo, donde habia de celebrarse el acto de la adjudicacion.

Ya Cepion ocupaba la altura de su tribunal, y las fascas del Cónsul impedian la aproximacion de la plebe. Léntulo se encon-

traba al lado de aquél, y tan luégo como divisó al galo y á su hija dirigióles una insolente y cínica mirada, llamando la atención de Cepion sobre Cesonia y cambiando con el general romano algunas frases de mofa y escarnio.

Llegado el momento oportuno se levantó Cepion de su sitial, y dirigiendo la palabra á los ciudadanos de Tolosa, allí reunidos, les dijo que no pudiendo ni debiendo pagar la República el sueldo de las tropas que enviaba á las Galias para la comun defensa, y no queriendo tampoco que estos socorros originasen nuevos impuestos ni penosos tributos para el pueblo galo, habia considerado que debian aceptarse los medios propuestos por uno de los más respetables habitantes del país para salvar esos dos extremos, añadiendo que esos medios consistian en asignar al pago de las legiones romanas los productos que podian obtenerse con el precio en que se arrendáran los terrenos incultos y la pesca de los rios, lagos y riberas.

Manobal, que estaba en la confianza de que por parte de Cepion sería fiel y religiosamente cumplido el convenio celebrado entre ambos, tomó la palabra y dirigiéndose tambien al pueblo, dijo:

—Yo, vuestro compatriota; yo, vuestro magistrado; yo, que velo con afan por el

bienestar del pueblo y por la defensa de sus intereses, yo he sido quien así lo ha aconsejado, y quiero que sobre mí caiga toda la responsabilidad de semejante proposición, dejando á vosotros las ventajas de sus resultados. Creo haber probado durante todo el curso de mi vida el sincero amor que profeso á los intereses de mi patria para no temer las censuras de nadie.

La multitud aplaudió frenéticamente á Manobal, y Cepion dijo de nuevo:

—Así es, en efecto. Y no solamente ha prestado Manobal el importante servicio de tales consejos, sino que deseando garantizar la ejecución y las ventajas de lo que ha propuesto, ofrece como precio del arriendo de todas las tierras y de todas las aguas de la jurisdicción de la ciudad de Tolosa la suma de dos talentos de plata (1), de sesenta libras de doce onzas cada una (2).

El pueblo volvió á aplaudir con entusiasmo en señal de aprobación porque dicha suma, en aquella época, era más que suficiente para satisfacer los haberes de las legiones romanas. Cepion, sin embargo, añadió con fuerte entonación:

(1) El talento era un valor imaginario y convenido, ó más bien el conjunto de una cantidad de monedas. Había'os entre los romanos, de oro y de plata.

(2) Esos dos talentos de plata equivalían á 28.800 reales de nuestra actual moneda. (*N. del T.*)

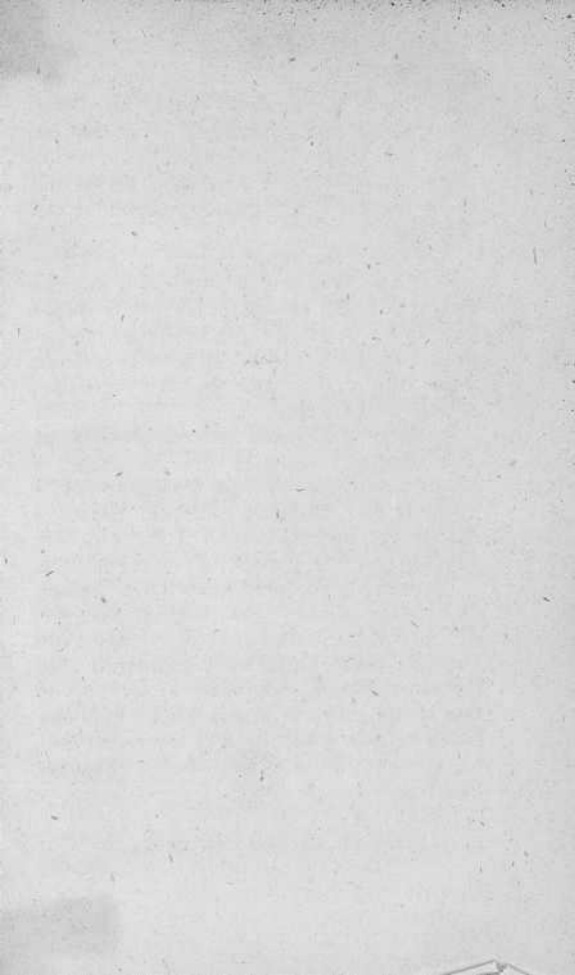
—Ahora bien : cómo Léntulo ha ofrecido el doble de la cantidad propuesta por Manobal, hemos considerado justo concederle la preferencia, quedando declarados á su favor los privilegios solicitados por Manobal.

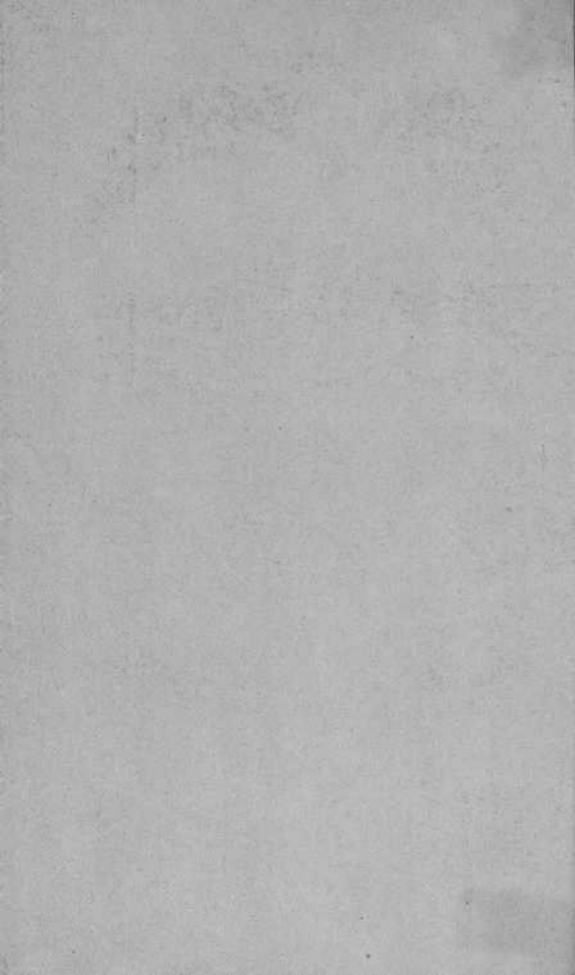
Cesonia, comprendiendo al fin su necesidad, y agobiada por el peso de la enorme falta que habia cometido, inclinó la frente bajo la feroz mirada que le dirigió su padre, el cual adivinó en el acto la traicion de su hija y el origen de las exageradas ofertas de Léntulo.

Manobal y Cesonia se retiraron con el alma embotada por la desesperacion, y continuaron viviendo sin traspasar los límites de una modesta medianía, hasta el dia en que, asociado aquél á Popillus, fué vencido con éste, pereciendo en el combate.

Cesonia, hecha prisionera en el campo de batalla, adonde habia seguido á su padre, segun las costumbres de los galos, fué vendida como esclava; y habiendo sido llevada á Roma, consumió al servicio de una dama patricia la existencia que ella habia soñado gozar de muy diferente manera excitando la envidia de las más nobles romanas.

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.







48



BIBLIOTECA

UNIVERSARIA

32



SAULIE

LOS GALON



2

